

víctor ramírez

# ADEMAS LO PRIMERO



PLANAS DE POESIA  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1978

Planas publicadas:

RITMOS ALUCINANTES

José María Millares Sall

UNAS COSAS Y OTRAS

Carlos Pinto Grote

(*Ilustra: Tony Gallardo*)

FUNCION AL AIRE LIBRE

Agustín Millares Sall

(*Ilustra: Castejón*)

LAS MORADAS TERRESTRES

Pino Betancor

(*Ilustra: Susana Millares*)

CRUCIFIXION

Federico García Lorca

CUADRO DE UNA EXPOSICION

José Caballero Millares

DOS PROCESOS DE LA

INQUISICION EN

CANARIAS

Agustín Millares Torres

BIOGRAFIAS DE CANARIOS

CELEBRES—1

(*Andamana, Padre Luis de Anchieta,*

*José Luján Pérez*)

Agustín Millares Torres

BIOGRAFIAS DE CANARIOS

CELEBRES—2

(*Doramas, Juan de Miranda, Diego*

*Nicolás Eduardo*)

Agustín Millares Torres

BIOGRAFIAS DE CANARIOS

CELEBRES—3

(*Bernardino de Lezcano Mujica,*

*Tomás Marín y Cubas, Eugenio*

*Domínguez*)

Agustín Millares Torres

MANUAL DE SUPERVIVENCIA/  
YODURO DE SANGRE

Angel Sánchez

ADEMAS LO PRIMERO

Víctor Ramírez

SIN MAGUA

Pastino

BIOGRAFIAS DE CANARIOS

CELEBRES—4

(*Cristóbal del Hoyo y Sotomayor*)

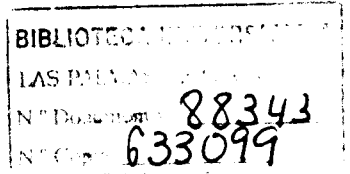
Agustín Millares Torres



SLG 8194



**víctor ramírez**



# **ADEMAS LO PRIMERO**



**PLANAS DE POESIA**

***LAS PALMAS DE GRAN CANARIA***

**1978**

**IMPRESA PEREZ GALDOS**  
**BUENOS AIRES, 38 - LAS PALMAS**  
**Dep. Legal, G.C. 706-1978**

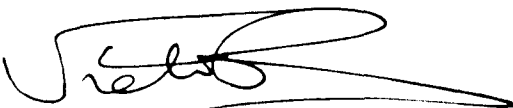
## ACLARACION Y DEDICATORIA

*Este relato, escrito por el Víctor Ramírez de la Navidad del curso 1969-70, ha sido respetado íntegramente, y a pesar de las discrepancias inevitables, por el Víctor Ramírez del Otoño de este 1978, salvo en una media docena de palabras y en el título. Este era, originalmente, La primera lección bien aprendida.*

*Como en gran parte se debe a Angel Sánchez el que me decidiera a darle luz pública, a él va dedicado coyunturalmente y con todas las consecuencias. También quisiera que se vean aludidos en esta dedicatoria mis hijos y mis alumnos y alumnas de ayer, de hoy y de siempre, pues para éstos, inconscientemente tal vez, fue escrito.*

V. R.

Para el querido amigo  
José Luis Gallardo, con el  
cariño de

  
9-1-78

*"Nací, como el rosal,  
con las espinas de cualquier hombre".*

**Pedro García Cabrera**

Llovía aquella mañana cuando despertó.

Era un día de San Juan, el cielo cargado de cálidos nubarrones gordos, agobiantes. Era jueves, anoche se encendieron incontables hogueras en todo el barrio, crepitaron la sequedad de la aulaga y la sequedad del papel y del cartón, y la chiquillería correteó, saltó, ululó, sudorosa, contenta, un cabo de escoba en la mano, un cabo de escoba con fuego en sus barbas y que se hacía girar sobre las cabezas llegando a formar como una aureola dorada contra el cielo limpio, negro y brillante, sin luna. Era el verano adusto, el verano rebelde, socarrón, al que la brisa marina osaba domeñar a veces.

Sí, llovía aquella mañana cuando despertó.

Con las manos entrecogidas bajo la nuca, y ya sin somnolencia, mantenía abiertos los ojos. Durante prolongados momentos le había distraído de manera plácida contemplar el desesperado estadillado de los embalados goterones contra el cristal de la ventana, contra el saledi-

zo de uralita sobre el patizuelo que se lograba vislumbrar a través de la puerta abierta, contra el alféizar verduzco y descascarillado de la alacena dende se había instalado la talla del agua para beber. Arropado hasta el cuello en la cama turca de cilíndrico hierro ahuecado y pintada de azul, el pequeño, Juanito, ahora miraba al exterior, a lo lejos, atravesando el compacto cernido de una lluvia que parecería iluminada al trasluz, blanquecina. Y más allá de la borrosa catedral de piedra gris y reloj parado entrevió que el Atlántico nuestro también se emborronaba, confundido al cielo, también se había agrisado, y que hoy no tenía el sol encima como ayer lo tuvo. Entonces, repentinamente, se imaginó un frío que ojalá hiciese fuera y saboreó con deleite y escapada sonrisa el calorcito que lo envolvía. Se arrebujó todo bajo la manta, en ovillo, apretándose los muslos contra el pecho, las rodillas cosí rozándole la frente. Cerró los ojos, los cerró con fuerza. Y jugó a imaginarse ser un fugitivo que se ocultaba en un confortable subterráneo, Lolina a su lado y tendida como él, un fugitivo que se sentía seguro de no saberse descubierto jamás por esos piratas barbudos, tuertos y patapalo, que lo buscaban para asesinarle. Así, entre las titilantes lucecitas que surgían allí en la ceguera de sus párpados fuertemente cerrados y entre los cálidos respiros sonoros que caldeaban la hipotética guarida, permaneció durante empantanados instantes, retumbándole el pulso en la muñeca de su brazo izquierdo colocada bajo la oreja. Se estaba sofocando, se olvidaba paulatinamente de aquellos sanguinarios perseguidores que tanto empeño han puesto siempre en capturarlo. No pudo soportar más tal incomodidad y sacó la cabeza a la claridad, que lo encandiló. Fuera continuaba chispeando, aunque con menos ruido.



Mientras se quitaba de encima la manta que lo cubría, de un tirón, cayó en la cuenta de que habrá caracoles tras la lluvia, a poco de que escampe; y este reparo le regocijó tímidamente. De un salto salió del lecho, que chirrió. El suelo, losetas de piedra colorada viejas y picadas, se había humedecido a lo largo de la madrugada, estaba muy frío, mojaba. El chiquillo, en sus pies descalzos, lo notó, estremeciéndose. Y comenzó frenéticamente a brincar y aspear sus menudos bracitos, alzando sin control las rodillas, primero una, rápido la otra luego, hasta casi tocarse el pecho, entrando en calor como en los entrenamientos con el equipo benjamín de fútbol del barrio.

Ahuyentado el frío, buscaba bajo la cama; las alparagas no estaban ahí. No se oía ya que lloviera. Cruzó de puntillas el reducido patio hasta la cocina, que olía al agua estancada y pudriéndose del fregadero. A media voz, como si gritase, llamó dos veces: “mamá, ¿mamá?”, sin necesidad, quizás embebido. No está, iría a comprar; y no ha vuelto todavía. Mamá no estaba. Traerá, seguro, pan calentito; a lo peor se olvida del aguacate, no. Y el niño recuerda que anoche mamá le prometió comprarle un aguacate grande, madurito, si se dormía de una vez y la dejaba de marear con tanta pregunta. Juanito se durmió sin molestarla más; tal vez soñó con Lolina y su vestido rosado, tan cortito, el cabello en dos trenzas con lazo amarillo intenso, y jugando en la acera de su casa, jugando al tejo con las amigas, tal vez.

Pero a lo mejor es temprano todavía. A lo mejor mamá duerme aún. Y Juanito volvió al patizuelo, esta vez sin andar de puntillas, mojándose la planta de los pies. Fue inesperado, ni se acordaba de ellas: junto al roperito de la talla y sobre el taburete de tres patas, y cuyo asiento

tanto se asemejaba a una torta redonda y escachada de medio kilo, estaban las alpargatas, estaban bien colocadas, igual que si hubiesen sido los zapatos nuevos para ir a misa los domingos por la mañana, temprano. Las cogió cuidadosamente por los calcaños, y las llevó mantenidas ambas con los respectivos índices de sus manos hacia el dormitorio, donde las dejó caer de plano contra el suelo y chasquearon ruidosamente. Las miró desde arriba, limpias. Abuela les quitaría, seguro, el polvo que trajo ayer de la cacería de pájaros, el polvo colorado. Viéndolas tan limpias, sin saber por qué ni preguntárselo, volvió a recordar a Lolina. Pero un tufo de orines descomponiéndose disipó inapelable el recuerdo de la niña. Se dirigió hacia donde manaba el sofocante olor y abrió del todo la entreabierta hoja única de la puerta que comunicaba a la alcoba de mamá con su cuartito, y dijo en un murmurio a la estancada oscuridad: “¿mamaíta?”, muy débilmente, de la manera con que hay que despertar a quien no se quisiera despertar. El recinto fue, a su olfato, un sólido hálito estirado de humanidad que durmió fuerte y que hubo orinado en una bacinilla de latón esmaltado en blanco sin dibujos. La tiniebla hedionda, irritante convertía en diluida penumbra y el chiquillo pudo ver la sombra albeada de un tálamo vacío y deshecho sólo por un lado.

Fue a comprar. No está.

Y se sentó al borde de su cama, que gimió a vergas entrelazadas que se oxidaron, y calzó con el gesto distraído las alpargatas. Luego pensó de forma inconexa en caracoles y ya no llovía, en un aguacate maduro, madurito, ralo, con sal y que se come con pan caliente y café con leche dulcito, y en si después sigue lloviendo y se em-

barra el Fonduco no podremos entrenar esta tarde, y en el partido del pasado sábado que les robó miserablemente el árbitro; también pensó en un Papa, que vendría, Dios mediante, el próximo lunes a inaugurar de forma oficial la iglesia, moderno templo,alzada en honor de la primera santa nativa de la isla, en que no habría clases ese día y todos los chiquillos y muchísimas personas mayores, con pancartas y banderolas, cantando, contentos, estusias-mados, irían a recibirlo al muelle, adonde llegaría a bordo de un lujoso yate que han puesto a su entera disposición las segundas autoridades del país. Acabó pensando preferentemente en Lolina, aunque con su imagen desleída, imprecisa, perdida entre tantos pensamientos que lo enervaban algo, un poco. Tenía que percibirla mejor, más claramente, verla con nitidez y recrearse con su recuerdo, tenía. Y se dejó caer hacia atrás, tendiéndose de nalgas arriba, sus pies en el suelo, con los brazos en cruz a lo largo de la cama, mirando sin consciencia el combado reflejo de la encuadrada claridad de la ventana en el bombillo que pendía del techo. Con la intención de concentrarse en la rememoranza de la chiquilla, susurraba unos “te quiero” tales como había contemplado en el cine. Te quiero, Lolina, te quiero mucho, más que a mamá, más que a abuela, te quiero más que a Tomasín, muchísimo más, te quiero igual que a la virgen. A ciencia cierta no sabría cómo querría a la Virgen ni cuánto, pero el maestro ha dicho que había que amar a nuestra madre del cielo más que a la de la tierra, mucho más, porque era, además, la madre de Dios. Juanito, entonces, se encontró con la impresionante cuestión de cómo sería su amor a la madre de los cielos; al final admitió que igual que a Lolina querría a la virgen, aunque tan sólo un po-

quito más a ésta, asustado de posibles represalias celosas y celestiales.

Haría cosa de tres meses, la tarde primaveral, luminosa, entibiada, de luna grande y tempranera en el cenit, las estrellas comenzando a despuntar, como acercándose derramadas en un firmamento limpio, jugaban unos niños con las niñas, Juanito entre aquéllos, en la esquina arenada de la plazoletilla que tiene la iglesia del barrio a sus espaldas, tras el ábside. “Tú eres el marido de Lolina, chófer de guagua” —le espetó una, la que siempre mandaba, al tiempo que le tendía una tapadera de caldero. El chiquillo anonadado ante tan imprevisto y sorprendente honor, demasiado honor, buscó a la aludida con el gesto asustado: ella le miraba ya, sonriéndole complacida, como magnetizándole con el desdeñoso brillo de sus ojos brunos, sabedores, ella, la más bonita de todas, la más rica del barrio, ella, Lolina que nada menos. Esa sublime tarde el ánimo del chiquillo pareció estar flotando entre nubes, más arriba que las nubes, en el limbo. Era el banco de madera canela y medio roto por el espaldar lo que hacía de guagua y Juanito se acomodó en un lateral con la tapadera de caldero en la mano a guisa de volante, los pasajeros detrás, serios, Lolina contra su espalda, notándole su moreno bracito, su inquieta cadera, oliéndole a cabello lavado con champú de fresa y a sudorosa axila de niña que tenía congestionado el rostro de tanto corretear, oyéndole sofocar una risa al verle tan serio y pálido, una muñequita cruzada entre sus manos, sobre el regazo. Inolvidable atardecer en el que el chiquillo, transportado al mundo del gozo, no volvió a articular palabra, enmudecido, embargado por la emoción de tan honroso matrimonio.

Desde aquella memorable tarde, punto crucial en el destino del chiquillo, Juanito piensa en la niña con demasiada frecuencia, haciéndose platónicos cálculos para el futuro, murmurándose en un tono reverente, meloso, como para no romper el encanto, que Lolina es mi novia, y el pecho se le oprime, o ensancha, ligeramente, añuscado el corazón, y entrándole una dulce gana de llorar. Nunca más se le presentó en adelante la ocasión de volver a jugar con ella a las casitas; no obstante, esto no le importaba. Entre la chiquillería se aseveraba que Juanito y Lolina son novios y esto sí que importaba, vaya que sí importaba. Y, a decir verdades, tampoco se habían sentado juntos, ni una sola vez siquiera, y oportunidades hubo para ello, en el cine ni en el teatro parroquial, ni en los títeres. También es justo afirmar que en las procesiones de Semana Santa y en los paseos después del matiné se atrevía a seguirla a respetable distancia, claro que en compañía de sus hasta hace poco inseparables amigos Tomásín y Feluco, y a mirarla con sentida gravedad, con embriagada sensación, a mirarla cuando ella, gorjeando en risitas afectadas, cascabeleras, volvía la carita hacia atrás, hacia él, hacia sus ojos, para contemplarlo con altiva complacencia, enmudecida de pronto, la risa seriamente cuajada entre sus labios que temblaban, y siempre cogida con ambas manos a los brazos de sendas amigas, damas de honor de tan digna belleza. El chiquito se entristecía, adoptaba el ademán melancólico, casi afligido, y apenas reía con verdadera expansión. Es cosa de carácter, sale a su abuelo que Dios tenga descansando en los senos de su gloria— decía la abuela, orgullosa del parecido con su difunto esposo, a quien llegó poco menos que a idolatrar según cree ahora.

Anoche, como la mayoría de las noches, se acostó vestido, se acostó con la ropita que hoy volvería a llevar al colegio. No se quitó para dormir esa camisa amarilla con un ocho grande y azul en la espalda que, ahora llena de polvo encartonado y rota por los sobacos, le echaron los Reyes en casa de la tía Elena. Ni se quitó los pantalones grises y gastados por el trasero, zurcidos y rezurcidos, a los que, a falta de cinto o tirantes, sujeta con una tirilla seca de hoja de platanera. Le duele pensar en Lolina, no sabía por qué, y una pena sorda le atravesaba de parte a parte, todo, como calado por una enfermedad cuya existencia desconociera pero cuyos efectos sentía aunque inconscientemente. Unas moscas que se agarraban al techo atrajeron, anodinas, su atención y se entretuvo en contarlas, una, dos, cuatro, cinco, siete, nueve. Perdió la contabilidad y comenzaba de nuevo cuando oyó que se abría la puerta de la calle. Gritó para su adentro “mamá”, y se levantó fugaz.

El aromático vapor de pan recién horneado precedía a la madre, el niño la esperó ante la talla, viéndola acercarse por el corredor adornado en el suelo junto a la pared por tiestos de plantas verdes, sin flores. Traía un bolso de redecillas rojas con los víveres en la mano derecha, colgando, y una botella de petróleo en la izquierda, alzada a la altura del pecho. Dijo al tiempo que pasaba junto al niño rumbo a la cocina, sin mirarlo, con el aire distraído: “¿Te lavaste la cara?”. Pero el niño hurgaba con la vista en el bolso, y preguntó a su vez si trajo el aguacate, el acento de su voz doliente, temeroso. “No”. Juanito quiso, sí, consolarse vengativamente afirmándose con rabia rumiada que no se lavaría la cara, no. “Virginito no ha llegado del mercado. Y en la tienda no lo

tenían”, mentía la madre, estaban muy caros los aguacates, además se había olvidado de la promesa hecha anoche. El niño guardó silencio y la siguió con la cabeza gacha, dolido, despechado. “Y date prisa, que son las ocho y media”, volvió a mentir la madre. Juanito se preguntó que qué prisa tenía que darse si sólo le faltaba desayunar y ahora se recalentaba el café y mamá preparaba el bocadillo de pan con margarina que se derrite y humea tomando un aspecto aceitoso sobre la miga. No me lavo la cara, mentirosa, no cumples tu palabra. Se había sentado junto a la mesa, en el ricón, y sus pies no tocaban el suelo.

“Que te laves la cara, anda. Se te notan las legañas”. Mamá no sonríe cuando habla. Es una mujer seria, joven, muy hermosa, morena tenue, de ademanes arrogantes y miradas reprobadas, rebeldes, inmisericordes, lacónica, cortante, nada cariñosa, cuya presencia aturde. A veces, muy rara la vez, contó algún cuento, Blancanieves, Pulgarcito, el de la Caperucita, pero con el susurro cansado, harto, insensible, y mirando como más allá de la pared. Por eso, el de los Siete Cabritos que cuenta la abuela imitando el ronquido del lobo y el asombrado chillido de los cabritos gusta más al pequeño Juanito, que se lo hace repetir, incansablemente, una y otra vez. Es de observar que gran parte del cariño que el chiquillo siente por su abuela se debe a los Siete Cabritos.

Ahora, cuando coma, me la lavo. Acodado en la mesa, apoyándose una mejilla en la palma de su mano izquierda, mohíno el entrecejo, bordeaba con el índice de la derecha el cabello canelo con jinete moro azul dibujado en el plástico que había sido antes cortina y ahora era mantel. Le encantaban los dibujos y sueña con ser pintor

cuando grande, pintar a Lolina cien y mil veces como en aquella película había visto al muchacho hacer con la muchacha.

La madre sirvió el desayuno. El niño desayunaba muy despacio, mojando el pan en el café con leche y manchando de líquido marrón el mantel, su barbilla, los dedos, el muslo de sus pantalones con unas gotas que cayeron. De pie ante el poyo de la cocina, mamá tan sólo bebe un café amargo, sin una pizca de azúcar, la frente pensativa, sombreada, la nariz aleteándole nerviosa, anhelante, el mentón tenso. Terminó de beberlo, puso la tacita bajo el grifo del fregadero que abrió y del que manó un chorrillo de agua con fuerza y chisporroteante, ruidoso, al tiempo que decía, siempre con su aire ausente: “Le dices a la abuela, cuando venga, que la ropa está por los pies de mi cama. Y que tenga cuidado no vaya a llover de nuevo”. Se enjugaba las manos en el delantal que luego desató por la espalda y estirando el busto.

“...a llover de nuevo”, instintivamente Juanito alargó el cuello y comprobó a través de la tela metálica del postigo que sí, que ya no llovía. El niño había acabado de desayunar, siempre se deja un poco de bocadillo dentro de la taza vacía, y se limpió la boca desmañadamente con el dorso de sus manos. Mamá, ahora que se acuerda al verla ir hacia la máquina de coser y coger el jersey negro que se pondrá para salir al trabajo, se rio fuerte, muy fuerte, en una ocasión. Abuela le estaba contando algo y conteniendo una sonrisa, fingiendo seriedad. Y mamá inesperadamente, estalló en una estridente carcajada que acabó contagiando a la abuela. ¿Que le contó la abuela, qué le hizo tanta gracia?. ¡Y era tan linda mamá después de reírse, su faz morena ligeramente encarnada, sus enor-



mes ojos brillándole con aquel verdor intenso, y era tan linda!. ¿Qué le habría contado la abuela, qué? y el niño estaba acostado aquella noche, ya el sueño arribándole, turbándole, zarandeado de repente por esa risa única, hermosa, que volaba desde la puerta, desde el reducido patizuelo, la abuela de frente, mamá perfilada contra la oscuridad. Ya nunca más, ¡qué lástima!, la oiría reír, la vería reír ni acercarse después de la risa hacia su cama y sentársele en el borde, todavía la risa aleteándole dominada en sus labios enmudecidos y trémulos, húmedos, que se agrandaban hasta su frente de niño que tenía mucho sueño y que sintió un beso cálido, estremecido, y el arrojo mimoso hasta el cuello, un aliento agrio contra sus narices que también se dormían dulce, muy dulcemente.

El niño metía en su carpeta escolar de cartón rojo y deteriorado un cuaderno y la madre se alisaba el jersey negro que le realzaba el busto. Esta, maquinalmente, repitió: “No te olvides, y que procure terminarla hoy sin falta”, cogiendo la cartera de una silla y disponiéndose a avanzar por el pasillo de las plantas verdes hacia la puerta de la calle. Juanito murmuró sí, algo violento porque no le encajaba un cuaderno y se le iba a arrugar. Mamá, con el tono del que se olvidaba de algo, recomendó casi al final del corredor: “y lávate la cara”, la voz profunda, acre; enseguida, un golpe de madera con chasquido de cerradura, una puerta fue cerrada. Y el cuaderno se acomodó al fin en la carpeta.

A la abuela le falta una pierna entera, la izquierda, y usa muleta. Y la usa con verdadero malabarismo; es la costumbre, hija —dice orgullosa. Y dice que la perdió siendo jovencita, casi una niña, claro que mucho antes de conocer a quien sería su marido. A pesar de faltarme la

pierna, me amaron, tuve mis enamorados, tres y tu abuelo— los ojos se le enturbian nostálgicos; tres muchachos que había que ver, pero tu abuelo era quien de veras me gustaba, hombre bajo, cuadrado, decente y trabajador como un burro, panadero; melancólicamente —sin embargo le dio por ser político, era la moda, y aquellos tiempos fueron muy borrosos, nada claros; y yo no me cansaba de repetírselo una y mil veces, que no seas bobo, tú a tu trabajo y a tu casita, no les saques las castañas del fuego a los señoritos; mira que se lo decía, como aventándole algo malo, y quien llama desgracia recibe desgracia —solloza, sorbe el moquillo—; pero él callado, sin mirarme, callado, tu madre salió a él en lo del carácter, igualitos los dos; se persigna y se retira a rezar por el descanso de su alma. Juanito, mientras la anciana, seca como un tollo, las mejillas acuevadas por la carencia de dentadura, la mirada añorante, evocadora, resignada, le hable de su pasado, la oye absorto, respetuoso, recreándose en aquel mundo quimérico que es el pretérito de los viejos para el chiquillo que escucha imaginativo. Y siente la magua del futurible en el que el abuelo y papá, que en paz descansen, y él, ya hecho hombre, irían al estadio juntos, los domingos por la tarde, para luego, a la salida, discutir las jugadas entre coperío y risotadas y calenturas en algún bar...como ha visto hacer a Ricardito el carpintero con su padre y con su abuelo. El niño, entonces, con la imagen joven de su padre retratado el día de la boda, sonriente, y la del abuelo bigotudo y el visaje cuartelero en su pensamiento, sufre, y sufre el niño igual que cuando piensa en Lolina, sufre mucho, punzante.

Pero abuela no llegaba y Juanito tenía que irse, se le haría tarde. Cogió el cartapacio de cartón rojo donde

guardaba los libros y tres libretas y una cajita de lata en la que tiene los lápices, un bolígrafo que no escribe, un afilador y una goma toda mordisqueada. “Abuela tiene llave”, salió y cerró la puerta de un tirón hacia afuera. No se había lavado la cara, ni se acordaba de ello. La calleja, tierra blanca apisonada hacía ya bastante tiempo, era ahora puro barro salpicado de pequeños charcos de agua canelosa. El lodo ensuciaba las alpargatas del chiquillo, que corría con cuidado, adhiriéndose a ellas, molestón, pegajoso,

“¡Juanito!”,

que giró de sopetón al sentirse llamado. Abuela, la muleta contra el sobaco, bajaba por el empedrado, trabajosamente como siempre. El niño se le dirigió y, a su lado ya, le dijo que mamá me dijo que le dijera que la ropa está por los pies de la cama de ella y que tenga cuidado por si llueve otra vuelta; ahora la entonación fue excesivamente melosa: que cómprame un aguacate, abuelita, anda, comprámelo para la comida, ¿verdad que me lo compras?

“No te lavaste la cara, cochino”. Y del bolsillo de su chaleco morado extrajo un pañuelo arrugado que abrió con la mano libre estirando los dedos; escupió en él cuatro veces hasta humedecerlo bastante. “Ven acá, tiesto guarro”, agarrando al chiquillo con la otra mano, la muleta trincada por el interior del brazo contra el costado, agarrándolo por el pescuezo en un alarde de rapidez, sus dedos aferrados como garfios, y lo atrajo hacia sí y le restregó la carita roñosa con el pañuelo que, acartonado, dañaba: no me acordé de lavármela, ay, aaay, más no, vaya, vayaaaay, ay, duele, abuela, no, quemaaaay, escar-da, por favor, más no, abuelita, no, forjando por soltarse



de aquellas tenazas huesadas y venosas, fuertes, de uñas planas y rosadas, y que huelen a lejía.

“Ya está, cochino, que eres un puerco. Y vete, que se te hace tarde”. Abuelita, ¿verdad que me compras el aguacate?, ¿verdad que sí?. “Ya veremos, ya; pero vete o te suelto un mojicón”.

Cada charquito tuvo su sol cuando surgió éste, momentáneo y tembloroso entre un conglomerado plumizo de nubarrones, intenso, rebelde intimidado ante tanta opresión a su luz. Adiós, abuela, no te olvidas ¿no?, se agarraba a la muleta el chiquito y se empinó a besar a la anciana, cuya mejilla supo agria, casi amarga como la ruda. Y salió corriendo, sin volver la vista para notar la mirada sonriente y cariñosa de la vieja, detenida en observarle regatear charcos y barrillo blando. Desaparecido el nietecillo, continuó ésta su oscilante caminar. Había pasado por la compuerta de la panadería del barrio, de la panadería donde trabajó mucho tiempo hace su difunto marido, joven, fuerte, bigotudo, empolvado de harina, aquellas crenchas tan bien peinadas y brillantes en su negror. El aroma del pan que se horneaba nubló su alma con la afligida voluptuosidad de la añoranza, y lo inhaló como siempre, con la sensación de que trabajar de noche es fastidioso, de que dormir sola teniendo marido entristece. “Tu abuelito, Dios lo tenga en su gloria —se santigua y mira hacia el techo—, fue asesinado en la misma iglesia, confesaba, que era buen cristiano, sí, a pesar de lo político, a manos del sacristán, aquel saco de sebo lustroso, dicen que estaba loco y lo metieron en el manicomio, marica diría yo, Dios me perdone —se santigua, mira hacia el techo—, que odiaba a los buenos y lo golpeó en la cabeza con un tenebrario de hierro, enorme” —contaba

por enésima vez al chiquillo, quizá, sí, para no olvidarlo ella misma, para recordárselo como penitencia, ella sabría por qué. Juanito, en la misa, en la doctrina, parecería ver a su abuelo, una sombra de espaldas, confesando de rodillas en la oscuridad de aquel rincón y sentiría el ahogo de avisarle que iban a matarle, abuelo, cuidado. Abuela tenía llave, llegó a la puerta y abrió, suspiró y suspiró, miró al cielo escrutadoramente antes de entrar, suspiró, se dijo que no lloverá más, suspiró, entró y cerró de un portazo.

El Fonduco estará todo embarrado; hoy no se puede entrenar. Pero cogeremos caracoles, haremos carreras con ellos apostando estampas de futbolistas. Juanito no veía a ninguno de sus condiscípulos que fueran a la escuela; a lo peor ya era tarde y tendría que pagar una peseta de multa al maestro, mamá se le enfadaría y lo dejaría sin cine el domingo que venía, en el que se había prometido, jurado por Dios, que le lleva un pirulí de menta a Lolina en el descanso y la vería de cerca y le olería agua florida que la niña se echa en su cabello apretado y negro, largo y trenzado con un lacito azul al final, le rozaría los dedos: toma, Lolina, con una sonrisa vergonzosa que duela aquí, en el pecho, y que apretuñe la garganta y no te deje hablar casi, yéndose luego a sentar unas filas más atrás desde donde pueda verla volver la cabeza y arrugarle la naricita como musitándole en el silencio hola, estoy aquí, mírame mucho Juanito. Sí, a lo peor era tarde. Y el niño aceleró en su carrera, ahora sin preocuparse por esquivar los baches enlodados y pringándose de agua barrosa las alpargatas, los empeines de sus pies, los tobillos, las pantorrillas; y la carpeta abrazada contra los riñones escapándosele, resbalándosele, pesada.

No, todavía no. Los demás maestros sí llegaron ya, pero don Anselmo no, todavía no había llegado. El chiquito respiró satisfecho, tranquilizado, algo sofocado por el agobio de su correr, y dejó el cartapacio de cartón rojo y despuntado en el suelo de la acera desbaldosándose, encima de una hilera de cinco guijarros para que no se le embarrara y apoyado contra un desconchado inferior del frontis del edificio escolar. Los de su sección seguían fuera, no los habían entrado con los demás. Unos jugaban al boliche, al hoyo, otros a la levantada de cromos, aquél de allá soplaba acuclillado un trocito de madera con velamen de papel bazo en una limpia charquita que se había formado sobre el asfalto, éstos de la entrada a la acequia de la aceña tiraban el trompo al círculo rayado en la tierra chocolatada, alguno que no se divisaba bien contaba una película de indios norteamericanos pues se le oía ulular, todo era puro revuelo entre la cincuentena de chiquillos, aunque un revuelo tranquilo, calmo, mañanero, cuando el sueño continúa algo empegotado todavía en los espíritus infantiles, bajo un cielo que comenzaba a clarear insensiblemente por el oriente, sobre el mar, y Tomasín y Feluco platicando un poco más arriba, apartados, pegados al muro de sillares colocados a hueso y que daba a la finquita de papayeros, cuchicheantes, como en confidencias. Juanito los columbró, cruzó la calle, la principal, la única del barrio que habían alquitranado, y se acercó a ellos, que lo hubieron percibido llegar y cambiaban de conversación hurtando la vista hacia el piso negro, humedecido. Juanito volvía a observar que lo admitían, incomprensiblemente, con sequedad, violentados: ¿no ha venido?, preguntó fuera de tono, lo evidente, iniciando compañía, mendigándola. Feluco, cortante,

que “no”, la espalda contra el muro y cambiando el descanso de un pie que cruzaba sobre el otro, mostraba su molestia, descarado en su mohín de niño procaz, sabedor.

Desde hacía varios días, Juanito notaba con gran pesar de su alma que sus dos mejores amigos, únicos amigos, le rehuían, lo echaban sin miramiento, que ya no lo esperaban al salir de clases ni al terminar los entrenamientos, y que ayer tuvo que irse solo, compungido y sin embargo capturó tres palmeros y uno moro, a cazar pájaros, ¡y se había aburrido tanto estando solo! El niño no podía explicarse los motivos de tal repentino distanciamiento, ni se atrevía a preguntarlo. Apreciaba mucho a Tomásín, demasiado, y sentía unos celos terribles cuando se veía postergado a Feluco en la amistad con su más querido compañero de clase y vecino, celos que le hacían olvidar totalmente a Lolina durante largos intervalos críticos, dolorosos, casi inaguantables, y ahora la postergación era evidente, palpable, total.

Feluco, impacientado con la presencia de Juanito, contrariado, no lo soportaba más y dijo: “Voy a pedirle una cosa a Robaina; hasta luego”, y cruzó la calle hacia la acera, deteniéndose ante un grupito donde parloteaban risueños cuatro niños. De pronto se oía como un estrépito lejano que nació y se prolongaba acrecentándose desde allá abajo, desde antes de vérselo doblar la esquina. Por fin, hartado conocido, apareció, estruendoso cada vez más y envuelto en una humareda enorme de gasoil maloliente, el autobús de las nueve. “Vendrá en esa guagua, seguro”— auguró con pesar Tomásín, que evitaba mirar de frente a Juanito. Decía abuela, lo que motivaba cierto orgullo para éste, que ambos nacieron en el mismo día, a

pocas horas de diferencia, haría de esto como nueve años y un par de meses. Algo pasaba y él no sabía qué, algo pasaba y a él se lo ocultaban adrede, tal vez por amistad, lo que dudaba, tal vez por indiferencia; sentía Juanito crecer su aflicción y hubiese llorado de encontrarse a solas.

Azotando cuanto oído y cuanta nariz tropezara con el fragor y con la nube negra que lo envolvían, pasaba ante ellos, entre la chiquillería que cerraba ojos y bocas y apartaba las caras hacia atrás, el viejo autobús de madera gimiente, estertoroso. La parada estaba más hacia arriba, y nadie habría podido precisar si allí, en la guagua, subía el señor maestro. Todas las miradas, expectantes, ansiosas, seguían la lentísima marcha de la humaza hasta su completa detención: ¿y si está malo y no viene?, ¡ojalá!

¿Vamos a la ladera luego, a coger caracoles?, quería conversación Juanito, tímido. “No lo creo”— Tomásín no la quería, raramente esquivo su tono de voz. ¿Tú crees que entrenamos esta tarde?, y miró al cielo encapotado. “Si no llueve más, a lo mejor sí”, no miró hacia arriba, sino adonde se detenía ya el rengueante autobús. El sol saldrá, ya lo verás— repentinamente aliviado, momentáneamente. “Ojalá”, tajante y separándose para atravesar la calle hacia la acera de enfrente, donde ya se iniciaba la formación de la fila, “sí vino. Vamos”.

Había cesado la flemática marcha del autobús exhalando una especie de última fumarada, más negra aún. Se disolvía la nube de humo cuando apareció don Anselmo acercándose a los decepcionados chiquillos y alejándose del trasero de la guagua, que reiniciaba su marcha entre ruidosos esputos fumosos lanzados contra la cargada espalda del maestro. Don Anselmo usaba gafas de monturas negras y cristales gruesos formando circulitos con-



céntricos que hacían parecer muy chicos los ojos allá en el fondo. No era calvo ni canoso a pesar de su edad. Ventrudo, los brazos largos y flacos, muy velludos, que aleteaba a lo director de orquesta cuando explicaba algo, tenía una nariz borbona y peluda y la frente bien surcada por arrugas paralelas onduladas, lo que le ocasionaba un aire de perpetuo despistado. Se aproximaba amulado, el caminar cansino, apático, las manos cogidas atrás, el periódico redoblado bajo el brazo, junto a la axila. Carraspeaba mucho, continuamente, inhalaba el esputo que le bajaba a la garganta cerrando las narices y lo impelía sonoro, embalado en parábola, certero, hacia la papelera y desde donde estuviese. Luego continuaría hablando, aquí no ha pasado nada, y dando coscorriones que demandaban atención y llenaban las cabezas de dolorosos cosquilleos.

Llegó el maestro a la entrada de la escuela, donde los chiquillos habían formado la hilera pegados a la pared y trinaban unos disonos buenos días, don Anselmo. Este tronó “buenos”, tosió, “pueden ir entrando”, tosió. Sus ojos denotaban, allí entre los circulitos de sus anteojos, haber tenido mal despertar, hinchados; con el ademán absorto, el bronco acento de su voz dulcificado, perezoso, dijo: “calla, Mendoza”, y tosió. En la barahúnda que se formó para hacer la fila, Tomasín había aprovechado para escurrirse de Juanito, que no logró verlo hasta que hubieron entrado todos en la cochambrosa aula y de pie en sus pupitres aguardaban que comenzasen las oraciones de la mañana. Aquél se sentaba en la primera hilada de escritorios; éste tenía su asiento en la antepenúltima y compartiéndolo con Rufo Chinito. La persignación de Juanito era escueta, encogida; en el nombre del Padre y

del Hijo y del Espíritu Santo le ocupaba tan sólo lo alto y ancho del esternón. Rufo Chinito, niño muy inquieto, se movía mucho, como si le picara el culo, y no dejaba que Juanito, a su lado, codo con codo, bordase las letras según su intención: estáteme quieto, hombre, que me hiciste un rayón; el pupitre, viejísimo y desclavándose siempre, quejón, renqueaba al mínimo movimiento. Fatigosamente, “¡esta rodilla!”, el maestro había ascendido al entarimado de madera y principiaba, era éste el término que empleaba para cualquier iniciación, a escribir en el encerado verdoso que se desvaía blanquecino la tarea a realizar en la primera hora. Hoy tocaba Gramática, el nombre sustantivo común, sus subdivisiones y ejemplos aclaratorios; entre línea y línea, línea escrita y línea a escribir, se volvía don Anselmo para silenciar tajante, carraspeante, con su gesto de permanente despistado que va a enfadarse, cualquier conato de charla en el alumnao. Sea la verdad dicha, se dejó respetar, aun a costa de su pacífica condición de hombre enviudado desde bastante joven que amaba demasiado a sus cinco nietecitos y que para entretenerse escribía un diario constructivo, moralmente positivo y literariamente fatigoso; sí, se dejaba respetar a pesar de su esmerada miopía.

“Se aceptaba sin objeciones por ese tiempo, actualmente ya no y debido a recientes investigaciones, la creencia de que el mobiliario de la escuela, excepto la pizarrita lateral y el ropero de formica azul cocina, además de alguna que otra bagatela y un mapa de Africa, había sostenido la agitada vitalidad de unas diez generaciones de pilluelos, de que procedía de la era monarcoburocrática y de que había sido legado por una arrepentida y aburguesacondesada prostituta enriquecida, altruista de últi-

ma hora con sonrisa postiza; y también se admitía que se hubo reparado tan sólo un par de veces y pintado una media docena, por lo que tal perennidad era considerada, y razonablemente según se mira, algo milagrosa. Con la natural y calma indignación de autoridades y Docencia, al edificio escolar se le denominaba socarronamente Santa Rostituta, haciéndose omiso caso al notable cartelón que exhibía las grandilocuentes y respetabilísimas letras de Escuela del Excelentísimo, Ilustrísimo...cinco ísimosmás...señor tal de la cual y del equis. Los niños, más ingenuos y poéticos, la llamaban, inocentemente, la puta'', en la página seis de la libreta octava.

Un cromo, cara de actriz de dientes limpios y mirada ansiosa de voluptosidades, servía de marcapáginas a la Gramática de Juanito. Le pediré una fotita a Lolina para marcar el libro; así podré verla cuando estudio. Se la pediré, ¿cuándo se la pediré?. No se la pediré, no puedo, me da cierta cosa pedirselo. Mientras, copiaba con letra clara y distraída, y el día de mañana seré pintor, un pintor famoso, pintaré a Lolina, la pintaré un montón de veces, siempre, pero Rufo le rompió el encanto al volver a cambiar de pierna doblada bajo las nalgas y le desbarató una sílaba.

A Rufo le cuelga la vela insistentemente. Por mucho que se suene, enseguida le aparece como un gusano curioso y ciego, blancuzco, otro moco compacto y deslizante, moco que el niño absorberá acostumbrado y haciendo un ruidito frufrú. Si no hace uso del pañuelo, que es lo frecuente, ese moco sirve de guardián, diríase, a lo otros, que aguardan como pacientes, sin forzar, y que no saldrán a menos que desaparezca, sonado, el primero. Sonarse es inútil, ve el crío, y tal vez éste sea el motivo

por lo que opte no utilizar u olvidar en su casa el trozo de trapo, su madre dirá pañuelo, y prefiera mantener la vela, sorberla de vez en vez. Además, mientras no llegue a la boca, no estorba; y no le llegaba nunca, se le detenía justo milímetros del labio superior, casi rozándole el borde de éste, frufnú, desaparecía para volver a surgir de nuevo, despacio, poco a poco, como tímido gusano husmeante, sin ojos. “Tiene fuego en las narices, el pobrecito —decía para disculparlo a quien la escuchase y sin que se lo preguntaran su tía la más vieja, la soltera— suénate, Rufo, anda suénate, hijo, ¡está tan noble este chiquillo!, tanto que parece bobo, dormido diría yo. Suénate, Rufo. ¡Pobrecito!, tiene fuego”. Y Rufo se alejaría sin intenciones de sonarse y con su aire de niño que todos observan despreocupadamente.

Asuntos del Destino, aquel día de San Juan fue nefasto por partida doble para el Chinito Rufo, camarada de pupitre del melancólico Juanito. “Fue sin querer, sin darme cuenta” —se excusaba a éste, que se disgustó y rechinaba los dientes borrando el desastre caligráfico con una goma beige y olorosa. Pues fue en ese desgraciado instante en que miraba a su compañero pidiéndole disculpas cuando don Anselmo paseaba su escasa pero suficiente vista sobre las cabezas gachas y la detuvo sobre la suya, bramando a continuación pacientemente: “Rufito, acérquese por aquí, que hemos de tratar un asunto de interés para ambos”, al tiempo que dejaba la tiza en su sitio y se sacudía el polvo adherido a sus dedos largos y velludos. El alumnado abandonó asimismo su tarea y giró su multi-vista hacia Rufo que retardaba levantarse y sintiendo un relampagueo frío recorrerle su pequeño cuerpecito de grueso tronco y enjutas extremidades. Se levantó al fin y

crujió temblequeante el pupitre. Se le puso mohíno el bello y la mente volvíasele neblina temerosa, agachando su cabezota de cráneo cúbico y cara plana, aplastada, ancha, de rasgos orientales y piel cetrina y pálida. Instintivamente ocultó, frufurú, el moco. Pensó, de pronto, en si sacará o no sacará el trapito, y sonarse, pero para qué. No se sonó e inhaló inconscientemente, sin necesidad pues no había moco fuera, y con fuerza, con tanta fuerza que sintió como una babosa fría llegarle a la garganta y tragándose la asqueado. Aún no se había decidido a caminar hacia el maestro, que lo aguardaba mirando absortamente más allá de la ventana abierta, quizás al océano con un barco en el horizonte brillante. Por fin comenzó Rufo a andar, despacito, muy despacio, con la ardiente sensación de muchas miradas hincadas contra su cabello lacio, descolorido, despeinado sobre la frente y bordeándole las cejas. No se había acordado de Verraco y ahora, de súbito, se acordó de Verraco, le quemó una oreja, la izquierda, y le picó las corvas como un cosquilleo. Caminaba Rufo. Caminaba procurando alargar la distancia, acortando sus pasitos, gracias a que don Anselmo no parecía tener prisa y que ¿qué estará mirando el maestro, que se rascaba indiscretamente el trasero, por la ventana?. Verraco, los chiquillos no lo supieron nunca ni se preocuparon de averiguarlo, era el fuste pelado de una ramita de álamo indio y, esto sí que lo aprendieron, dolía muchísimo, quemón, Rufo sorbía el moco y dio otro pasito que tropezó con una hoja de libreta apelotonada en el suelo. Las cinco octavas partes, o las seis, de la autoridad docente de don Anselmo se debía al enorme poder de sugestión de la ramita de álamo indio, lo que, fuera vanidades y falsos orgullos, el maestro reconocía y agradecía,

“¡ay de la enseñanza cuando se prescindía del palo! ¡pobres generaciones!”, sentenciando fatalmente, y casi siempre sin venir a cuento, en la mensual tertulia con tres de sus colegas ante una tacita de oloroso y muy endulzado té inglés, y luego de haber cobrado su sueldo, él diría su limosnita, un poco antes en la Habitación, justo pegada a la cafetería donde ahora daría riendas sueltas no se sabía a qué machaconas preocupaciones magisteriales. Anselmo, nos estamos poniendo viejos. A eso vamos.

Ninguno copiaba en esos momentos lo escrito en la pizarra. Todos los chiquillos aguardaban con inocente expectación la usual representación de un ajusticiamiento. Rufo seguía demorando el castigo, parecía pisar vidrios. Don Anselmo era un buen hombre, pero ya dejó de mirar al océano amarillado por un sol oculto tras esa nube negrosa que va de largo, sol que no había visto todavía y que esperaba no sabría decir para qué. Era buen hombre el don Anselmo y tosió dos veces seguidas, luego de afectar escupirse las palmas de sus manos y queriendo sonreír como cariñoso, pero se le desbarató la sonrisa en el carraspeo, esta garganta lo tiene frito y eso que hace mucho que no fuma, tosió de nuevo hasta que pudo decir: “venga, Rufo, de prisita, que hay cosas por hacer, hijito”. Frufrú, Rufo temía, siempre siguió temiendo, posibles represalias y no tuvo más opción que aligerar el paso, ya sin recordar a Verraco, lo que era un consuelo si se calibra bien. Descendió el maestro de la tarima y esperó a Rufo llegar junto a él. Por fin estuvieron frente a frente, el uno mirando y el otro escondiendo la vista, el uno tosiendo y el otro sorbiendo el moco, educaba aquél y aprendería éste.

Juanito, desde su sitio y expectante, oyó decir que si así principiamos el día y un carraspeo, que habla que te habla y otro carraspeo, que siempre hablando y dos tosidos seguidos, que si no te cansas de molestar, otro carraspeo y el chasquido sonoro de un cachete en una mejilla ancha y que no pudo ser ocultada bien, luego, casi al unísono, otro cachete en la otra mejilla, y que dime dónde vas a llegar, una tos, siempre molestando, que ¿tú que quieres?, tres tositos, que ¿leña? pues leña, y un coscorrón en un cráneo plano y sonó a hueco. Pero Juanito, desde su sitio, apenas podía ver lo que ocurría, los de delante no se lo permitían, ni acertó a escuchar cómo Rufo logró sorber el moco que al segundo cachete salió como espantado y casi se escapa. Tampoco, desde su sitio, supo que a Rufo le ardían las mejillas y le cosquilleaba dolorosamente la cabeza, ni que Rufo hacía lo imposible por no llorar, acordándose de su padre el llorón: los hombres no lloran, le decía. Pero, desde su sitio, sí acertó a ver el revoloteo del polvo en un repentino haz de luz que entró por la ventana y que le hizo olvidarse de Rufo y su castigo; había sol, pensó impensadamente antes de estornudar flojo y hacer volar el cromo marcapáginas. Se agachaba a recogerlo cuando volvió a encontrarse escuchando la bronca voz del maestro que decía martilleante que si tú te has creído estar en una cárcel y yo ser un verdugo siempre con el látigo en la mano y leña va y leña viene, que no, que aquí se viene a portarse bien, como manda Dios, y a hacerse hombres de provecho y no a molestar, qué hombres saldrán de aquí, santo cielo, sin haber tosido una sola vez. Mantuvo un silencio mientras miraba la cabezota gacha del castigado, algunos pupitres chirriaron impacientes. Carraspeó, sacó el pañuelo del bolsillo pos-



terior sin precisar para qué, aunque se secó el sudor de la frente, del pescuezo, las manos, y dijo: “anda y siéntate; que por hoy no te vuelva a ver dando la tabarra, ¿oyó?”, guardándose el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, “y ustedes —se refería a todos—, que la función ha concluido, así que acabemos esto, y pronto, que les quedan —fingió mirar el reloj— veinte minutos nada más”, entre algún que otro carraspeo y volviéndose ya Rufo a su asiento, el paso avergonzado y la vista puesta en el suelo de ladrillos verdes y descoloridos, agrietados ya, una lágrima pendiendo en la comisura interna de su ojo derecho, el moco, frufnú, ocultándose de nuevo. Juanito se hacía el que no lo notaba acercarse y sintió una rara compasión hacia su compañero de mesa que se sentaba haciendo quejar al ensamblaje del pupitre. Seguramente Rufo pensaría, rumiante, “abusador, abusador” y ahora se secaba con el dorso de su enjuta manita la lágrima que ya había comenzado a rodarle mejilla abajo. Se equivocaba Juanito, pues Rufo no pensaba nada; tan sólo sentía un calor en la cara y sed.

“Las circunstancias modelan al hombre y X había saboreado a plenitud la ingenua pureza allá por sus años infantiles y pubertales. Por lo que se le pone algo dificultoso comprender la impudicia que se enseorea con estas criaturitas de apenas dos lustros de existencia y a las que les aflora en la mirada y en el rictus de sus labios el fuego mate e incipiente de las más rastreras pasiones, muy bien abonadas por cierto con el estiércol...” —había escrito X, don Anselmo, en una especie de Diario que llevaba meticulosamente, a lo contable, y acordándose de Amiel, ¿quién sabe?. Era viudo desde bastante joven; su venerable esposa sólo tuvo tiempo, la pobrecita, de dejarle



una hijita, a la que crio el maestro demasiado bien asesorado por sus hermanas, cuñadas, algunas primas y las tías Herminia y Rosario. “Y hoy X sufre, sin remisión, amando a sus cinco nietecillos y doliéndose rebelde y soberbiamente de dejar descendencia en este valle de lágrimas, en esta partida de cartas que es la vida y en la que, irrefutablemente, nos jugamos el todo en una sola mano”— había escrito en la página cinco de la libreta tercera de dicho Diario.

Había terminado los ejercicios y, el libro abierto ante sus ojos perdidos en un recuerdo, se decía que Lolina no debe juntarse con esa Maricruz, no ser su amiga, esa niña nueva en el barrio y de la que se dice era amiga de la hija del alcalde pues estudiaba también en las dominicas y que presumía tanto con esos calzones tan cortitos y el cabello largo, teñido, cayéndole sobre la cara, tapándole los ojos, y una sonrisa de televisión. Juanito sentía una rabia melancólica, amortiguada por su manera de ser, cuando pensaba en Lolina amistada con la Maricruz y presintiendo algo que no atinaba a precisar, echándose en cara el ser tan corto, cobarde, tan pocas agallas, el no saber atreverse y enfrentarse a Lolina, decirle cuatro palabras, cuatro palabras bien dichas, ponerla en su sitio, rogarle, rogarle no, prohibirle que se junte con Maricruz, que no le gusta ésa, no, que tiene pinta de, en fin, que hazme el favor y dame el gusto de no volverte a ver más con, con ésa, hazlo por mí, Lolina, lo harás, ¿verdad que lo vas a hacer por mí?, no sé por qué mala pata tuvo que venir la, ésa, a vivir aquí, al barrio. Juanito fue por aquel entonces un niño muy solitario, hablaba poco, inseguro, y pensaba demasiado, pensaba que decía lo que tendría que decir y que sabía no diría; ello, sin embargo, le consolaba

mucho, aunque él, por aquel entonces, no lo sabía ni le convino saberlo. Movía Juanito los labios como si rezara, fruncía la frente, no podía estudiar. A su lado, codo a codo, Rufo volvía a cambiar de pierna doblada bajo las nalgas y a hacer temblar el pupitre; miró de reojo, temeroso, a su compañero, pero éste parecía en el limbo, ni se enteró. Poco después comenzaría la mayor angustia que nunca tuvo en su prolongada y agitada existencia Rufo, Rufo Chinito.

“El mundo está pudriéndose. La levadura del mal fermenta con implacable eficiencia. ¡Ay del que escandalizarse a uno de estos pequeñuelos!, porque más le valiera atarse una piedra de molino al cuello y arrojarse al fondo de un pozo”— página cincuenta y dos, con un borrón de tinta, en la libreta segunda, y escrito con un vago temor. Su padre había sido molinero, molinero antiguo sin mecanizar, y su abuelo fue molinero, y molineros habían sido, creía, muchos de sus antepasados paternos, tenían un molino al pie de una acequia de fondo verdoso y agua clarísima, gorgorina en su espumaje, acequia flanqueada de matojos y geranios, sólo en el recuerdo, que el molino hoy era espectro por el que arramblaba la autovía del centro y gran cantidad de ruido de escape. Y la piedra de molino tiene que, tan grande, pesar enormemente. Entristece recordar los amparados años de una infancia blanca, difuminada, y don Anselmo se afligía mansamente, voluptuoso, con sus memoranzas, se le trancaba la garganta y llegó a envidiar a los ricos, que tenían con qué distraerse, con qué olvidar, arrepintiéndose enseguida de esa envidia por lo del camello y el agujero de una aguja. Esto se muele así y así ha de tragarse— acabaría diciendo.

Igual que siempre olvidaría, pronto, olvidó Rufo las dos cachetadas y el coscorrón infligidos recientemente. Iba por la segunda pregunta a estudiar de memoria, de carretilla, cuando cayó en la cuenta. Fue igual que esos chaparrones que no se esperan y que, de repente, te cogen en mangas de camisa y en menos de un par de minutos te empapan todo con sus gruesos goterones y haciéndote decir esto de ¡si el cielo estaba limpio como un espejo ahora mismo!. Rufo no tendría la mente para pensar en nada, frufnú, pues la angustia se le portaba ya, desde el principio, punzante, muy aguda, taladrante, y helada, con la gelidez que quema. “Me muero este año; me voy a morir este año”, frufnú, sudando por las sienes, tras la oreja. Sí, se portaba acaparadora, deslumbrante, la angustia, pertinaz, y le hacía como percibir, al chiquito, el soplido de una muerte lamiéndole el pecho, oprimiéndole el gazonate, haciendo que le entrasen unas ganas locas, hambrientas, de llorar. Sin saber cómo, se aguantaba y, por lo pronto, retenía el llanto. Le temblaron, en un escalofrío, las vísceras, frufnú, inesperadamente, y sólo se le ocurrió en un momento de lucidez tener miedo de vomitar, qué vergüenza, sus compañeros se reírían de él, siempre se le reían por nada, por cualquier nadería. “Dice el agua que este año me tengo que morir”, frufnú, y miró de reojo, fugaz, a su lado, a Juanito, que parecía estudiar, ajeno, el codo en el escritorio, una mejilla apoyada en la mano, casi dándole la espalda, ladeado. Y por primera y suficiente vez en la vida Rufo debió aceptar la realidad, y no la supo aceptar, de que estaba solo, que siempre estaría solo.

Don Anselmo corregía en su mesa los deberes que marcó ayer para hacer en casa. De vez en vez enderezaba

la cabeza para echar un vistazo vigilante a sus discípulos; la cosa marchaba bien, silenciosa. En la página uno de la libreta primera de su Diario podría leerse, a modo de preámbulo, con la caligrafía fina, algo barroca, esmerada como todo lo que se comienza con ilusión. “Soy una soledad rodeada de soledades por todas partes; soledades que nos debatimos empecinadas e impotentes por fundirnos, penetrarnos, una con otra, y, fatalidad providencial, lo único que conseguiremos será rasguñarnos, herirnos, a veces incluso aniquilarnos, en el demente afán de rehuirnos a nosotros mismos, insoportarnos, y buscar en el otro, en los otros, el posible consuelo a nuestra enjaulada inmortalidad. Soledad como mariposa que va ávida de luz y calor hacia la bombilla que no engaña adrede, pero apartada y dentro, mariposa que, desde fuera, volará ilusionada a tropezar, ciega, contra ese imprevisto cristal que siempre se le antepone, siempre, siempre”. Don Anselmo era hombre de plena concentración cuando escribía, de lento y sin embargo certero léxico, aunque al principio de su labor le entraba una sed agobiente, insaciable, le molestaba el sudor de la mano que empuñaba la pluma y se le endormían las nalgas y la pantorrilla de la pierna izquierda. Avezado, se sobreponía a tales escollos fisiológicos y lograba acallarlos y entregarse libremente, hasta casi ponerse en éxtasis, a la escritura de sus memoranzas y opiniones vivenciales. Hubo momentos, pocos, en que llegó a sentir la comezón de colaborar con algún que otro artículo en la prensa matutina; pero lo pensó bien, se achicó y acabó convenciéndose de que ya eran demasiados los ladridos amordazados que brotaban en los periódicos para ponerse él también a ladrar. “Mejor

es toser y escupir”— se había dicho, tosió y escupió en la bacinilla de porcelana.

A Juanito le costaba estudiar. No conseguía, por más que lo intentaba, hincar en su memoria la retahíla de palabras incomprensibles que tenía que aprender. Aunque moviese los labios vocalizando, como si hablara pero sin hablar, resultaba imposible, nada, que no, entremezclándose en su mente toda clase de imágenes y cosquilleos. Estaba nervioso. Hasta que se halló pensando en cuándo mamá compra un televisor, nunca, no hay perras, igual al que tienen en la tasca y que él ve a veces, sin gusto, pues no se oye desde fuera y contra la ventana que apesta a vino agriado, con otros chiquillos, con el cuidado a que salga el dueño con el puño cerrado, maldiciendo, echando leches, dispuesto a caponear, había que salir a escape. Juanito no valora la quietud extraña de Rufo y sigue absorto en su distracción, casi dándole la espalda a su compañero, que acababa de apoyar la frente sudorosa sobre el escritorio y de cubrirse la cabezota con sus bracitos cruzados. “Este año me muero”, hipó y no quería imaginarse su entierro, pero veía en la ceguera de sus ojitos cerrados que había un ataúd blanco en el centro del recibidor y gente que llora, papá el llorón no lloraría, él muerto y sabiendo cuanto ocurría a su alrededor, sin poderse mover. ¡Pobrecito, con sólo nueve años!; no, todavía no los ha cumplido; ¡pobrecito!.

“...el sofocante y apetitoso aroma del millo que se tuesta y muele bajo el acompasado girar lento de la piedra colosal, cilíndrica y chata, rumiante, gris salpicada de motitas violetas, y atravesada por su centro con aquel eje de hierro negro, engrasado, al que nunca se permitió chirriar; y las taleguitas blancas, tan limpias, olorosas a

planchado con almidón, bien colocadas sobre el poyo del patio empedrado y cubierto por aquella parra de uva roja y grande; el gofio moreno...” — en la libreta segunda, páginas catorce y quince, don Anselmo siente un voluptuoso dolor cuando rememora y la mirada se le humedece aún más contra los anchos critales de sus anteojos. En un pensamiento discolo, rebelde, que no se calla, don Anselmo había saboreado la posibilidad de que tal vez algún día se publicaría su diario. Y se acordaba de Amiel. Entonces, serio y pavonado, se aconsejaba que lo escrito fuera enteramente constructivo, no fuese la posteridad a tacharle de perturbador de conciencias. Por estos motivos no se había atrevido a plasmar en el Diario, después de una fatigosa consideración, que, muchas veces y contra su verdadera voluntad, se ha encontrado recreando su mirada en las pantorrillas y corvas de las muchachitas que pasaron delante, las faldas excesivamente cortas, y a las que él, lejano espectador del mundo femenino, había permitido adelantar, una sonrisa galante y una ligera inclinación de la cabeza. Ni que se ha visto, dirá él que como transportado por un embaucador y embriagante ensoñamiento, apoyado en la barandilla que da a la playa y contemplando a las bañistas que tomaban el sol casi desnudas y que tenían ombligos variados y muy graciosos, ¡qué fiebre le entraba!, “estás viejo, Anselmín”, y no podía sonreír.

Un Papa llegaba el lunes próximo, no habrá clases. Irían todos los niños, bien formaditos en fila, el maestro al frente y respetuoso, a recibirlo al muelle grande. Hay que tener mucho cuidado, no vaya a ocurrir ninguna desgracia, que los niños se sabe que son niños. Juanito sentía una mitigada alegría cuando no había clase y ahora

sonreía, que será un follón tanto chiquillo junto, ¡fuerte jaleo!, Lolina seguramente irá, ¡si pudiera verla y hacerle así con la mano! Todavía no había pasado la hoja del libro y el maestro pregunta la lección dentro de poco; Juanito no sabe que está en clase y Rufo intentaba asegurar con clarividencia cuánto pasó esta mañanita antes de venirse a la escuela. Recuerda que se lavó la cara después de paíto, recuerda que el agua estaba limpia, sí, todavía, se podía uno reflejarse en ella, sí, recuerda con absoluta nitidez, ¡qué más quisiera dudarle un poquito aunque fuese!, que su cara no se reflejó, él no cayó en la cuenta cuándo, pero ahora sí, y era el aviso del santo, abuelita lo dijo anoche, a él, se lo había dicho a él y luego le cantó lúgubre que en el día de San Juan quien la cara raflejada en el agua no se vea, morirá por el año, morirá y morirá. El fondo de la palangana de plástico azul y el agua removiéndose al contacto de sus manitas unidas en cuenco a recogerla, pero la imagen de su carota plana no temblaba en la superficie como siempre, como los demás días, su rostro no se veía, no se había reflejado, estaba segurísimo. El ánimo se le seguía descomponiendo con desbordante rapidez. Se sobreponía a las ganas de vomitar; los hombres no lloran, lograba domeñar en un enorme esfuerzo de la voluntad al inminente llanto. Lo imprevisible sin embargo, algo caliente, viscoso, humedecía paulatinamente y a más, extendiéndose, su trasero, corría hacia las ingles, hacia la parte inferior de los muslos. Le dolió momentáneamente, fuera de tono, la rodilla. Se había olvidado ya de su miedo a morir y los ojos se le cuajaban de lágrimas que no se decidían a deslizarse mejillas abajo. La vela de moco continuaba pendiente, ajena a tales sufrimientos. Juanito, extrañado de tanta quietud

a su lado, pareció volver a la realidad y giró la vista hacia su compañero, que tapaba con sus brazos la cabeza descansada contra la superficie superior del escritorio, ¿qué le pasa a éste?.

Tenía más de Memorias porque lo principió a escribir a poco de casarse su hija, pasando ya del medio siglo, y casi todo en él era rememoranza con sus consecuentes comentarios. Sin embargo decía mi Diario en la cubierta de cada libreta. En la libreta primera hay escrita con una mayúscula deliberada y acusadora esta expresión un tanto enigmática: mi gran caída. Le sucedió al cuarto día de casarse su hija, ésta de luna de miel y él solo en la casa, ¡qué grande le pareció!, desamparado, “en las garras sedosas de la fatalidad”. Nunca supo, o no le convenía saberlo, cómo llegó a ello, “la carne es débil, no se puede ir contra la voz de la naturaleza a menos que Tú nos entretengas con la Tuya”. Parecerá mentira, increíble, pero no lo hizo nunca desde que le faltó su esposa. Se acostumbró a su desuso por el embebimiento a que lo sumía el cuidado de su hijita. No se le pasó nunca por la cabeza casarse de nuevo hasta aquella fatídica noche. Se había peinado con nervioso esmero, rociándose incluso de brillantina y con fijador que amasara su indócil cabellera; llevaría el traje nuevo, solemne. Era en época de vacaciones y temblaba, alejado de sus alumnos, de sus quehaceres ordinarios, su savia, “seguro que en período de clases no hubiese caído”. Estaba en un tercer piso y había subido la escalera con una inenarrable sensación de temor y anhelo, de deseos imperiosos de seguir ascendiendo por los escalones y deseos prohibitivos, amedrentadores, de desistir, dar la vuelta, regresar a casa. Pero seguía adelante, agarrándose al pasamano; aunque se cansaba, no paraba en los rella-



nos, continuaba subiendo, “¿qué maléfica fuerza me arrastraba?”. La puerta, canela y de paneles negros, bajo una lucecita penumbrosa, tenía una mirilla de ventanita con barrotes dorados, despedía un calor extraño, “de sirena”. Parado frente a ella, titubeó, sudoroso, incrementados sus tembliques, hasta que su mano, ajena a la voluntad, se alzó y con el índice pulsó, clin, el timbre, clin. En ese momento su “alma quedó sola, abandonada, sin la fuerza que hasta allí la arrastró”, quiso dar la media vuelta, dudó unos segundos, iba a darla, pero ya la puerta se abría y un rectángulo de luz rosada, perfumada, arisca, se acostó en el suelo del pasillo, bajo una voz vieja, melosamente chirriosa, que decía buenas noches, pase, usted. Ya era tarde y la “fuerza malévolamente tornaba a apoderarse de mi ánimo”. Niñas, niñas...Aumentaba el temblor, todas menos dos eran jovencísimas, como su hija, y eligió a la más de ellas.

Rufo no lo olía, pero sintió la mirada de Juanito clavada en su nuca. Levantó la cabeza y volvió la cara hacia su compañero, que ya arrugaba las narices, mosqueado, Juanito miró hacia el sitio del maestro, por si acaso, antes de preguntarle bajito a Rufo qué, ¿qué te pasa?. Este contestó con un sollozo inaudible y volvió a ocultar su cabezota bajo los bracitos. Las lágrimas, insumisas, caían lenta y pesadamente sobre la madera. Pensaba, sin acordarse de su inminente muerte este año, que el maestro debería levantarse y acercarse por aquí detrás, por su sitio, pues, así, le diría bajito, sin que nadie se entere, estoy mal de la barriga, don Anselmo, ¿me da usted su permiso para ir al servicio?. Pero don Anselmo no se levantaría por lo pronto; acababa de llamar a Mendoza Cuatro para tomarle la lección. ¿Y si se atreve Rufo a levantarse e ir

allá, a la mesa del maestro?. No puedes hacerlo, no lo hagas, que la mierda te rodaría piernas abajo, ensuciando alpargatas, piso, y te dará leña por tolete. “¿Y si le grito desde aquí, frufnú, don Anselmo, me duele el estómago, la barriga, puedo ir un momento al servicio?”. No vale la pena; que son muchas palabras para que puedas decirlas todas juntas y seguidas, en voz alta, te trabarías, harías reír a los demás, se calienta el maestro y toma leña, por tolete. Aquí Rufo dio un hipido y arreciaron sus lágrimas; el moco casi se le escapó, pero, frufnú, pudo atajarlo a tiempo. Juanito, que ya sentía plenamente la peste, le susurró: dícelo. Rufo contestó en voz muy baja que retumbó contra el pupitre: tengo vergüenza. No lo oyó Juanito; sólo le notó sacudirse en un suspiro oculto, sofocado contra la superficie del escritorio. Hasta aquel día, luego ya no lo sería, Juanito fue buen compañero, en lo que cabía. Y, armándose de valor, se levantó, gime el pupitre, Rufo lo siente levantar y seguirá sin moverse, frufnú, sorbiendo el moco. Juanito caminaba hacia el maestro, que ya lo aguardaba mirándolo y extrañado por tal atrevimiento a levantarse de su sitio sin antes haber alzado la mano, el dedo índice tieso, solicitándose permiso para ello, según se había ordenado infinidad de veces, pero nada, ellos nada, como si oyeran llover y guarecidos. Y no era mal chiquito este Juanito, muy sensible, le gusta el dibujo y suele pedir permiso para levantarse, las divisiones con dos cifras en el divisor esto sí que no hay quien se las enseñe; tosió don Anselmo poco antes de que Juanito casi se pegara al borde de la mesa luego de haber subido a la tarima. Todos lo oyeron a pesar de su delicada voz, incluso el aludido: Rufo está malo de la, está malo del vientre, le entró diarrea, don Anselmo; me parece

que está llorando. Y todos resortaron sus cabezas a la vez, girándolas hacia atrás, hacia donde alguno pudo ver el cúbico cráneo peludo de Rufo. Instantáneamente, y como si estuviese convenido de antemano, se quiso aprovechar el momentáneo aturdimiento del maestro, “afectándose por parte de la pillería una envidiable hipersensibilidad olfativa, expresamente manifestada con unos exagerados aspavientos y con escandalosos y altisonantes ‘foos’ a granel, que con dos golpetazos en la mesa logró atajar sin verme obligado a castigar a ninguno”— habría de escribir esa misma noche algo risueño, en la página quince de la vigésimosegunda libreta; un poco antes se habrá tomado dos ginebras con tónica. Tosiendo largamente, la mano derecha cilindrada frente a la boca, y apoyándose con la izquierda en el borde de la mesa, se levantó arrastrando hacia atrás con las corvas el pesado sillón de tapizado de cuero canelo cuarteado y maloliente; las patas chirriaron y causaron una fugaz dentera a Mendoza, que, de pie y con los brazos cruzados, se apartaba dejando pasar al maestro: puedes sentarte —le dijo éste—, hoy no has estado tan mal; te pondré un seis— y volvió a toser. Mendoza levantó los brazos en señal de triunfo y gritó bajito: ¡bien!; de un salto bajó la tarima y casi corriendo fue a sentarse; era mulato, casi negro del todo, y muy buen futbolista. Ya Juanito estaba en su sitio; contemplaba con lástima forzada a Rufo, le vio una churre tras la oreja y pensó que a lo mejor tiene piojos, amusgando enseguida la vista y mirando con atención la espesa pelambre de su copupitrero. Lo raro fue que apenas apestaba, que si uno no se lo proponía no lo hubiese oído; y Rufo se alivió algo al pensar en ello. No se veía piojos ni liendres, pero tenía la cabeza muy su-

cia y el cuello roñoso; no daba asco, no, lo que daba pena y Juanito, hasta aquel día, fue compasivo, no lo podía remediar... tiene diarrea, con su voz de niño melindroso, el regocijado alboroto de sus condiscípulos, los manotazos y la tos apaciguadora del maestro, el chirrido del pesado sillón al arrastrarse, incluso el casi inaudible “bien” de Mendocita Cuatro, la vuelta de Juanito a su sitio: todo lo había oído Rufo, todo lo oía: el chasquido de las sandalias de goma del mulatito Cuatro contra el suelo en su salto desde la tarima, ¡un seis!, la madera de la tarima crujiendo en los cinco pasos que estaría dando don Anselmo, un cuchicheo, dos, tres, tal vez más, cuchicheos dispersos, alguna risita sometida: poco se le escaparía a Rufo, que no osaba alzar la cabeza, aún guarecida bajo el aspa de sus bracitos. Le quemó la oreja derecha: Juanito me estará mirando; y sintió momentáneamente vergüenza. Luego se hizo una especie de vacío calmo en su mente. Se ponía a esperar acontecimientos. No era consciente de su sentir, tal vez tuviese miedo, a lo peor volvía a llorar y se le derretía el moco y no podría sujetarlo, frufnú, ahora pendiendo compacto y adherido como goma al labio; mantenía los ojos hipnotizados contra la penumbra canela y algo brillante de la madera caliente, aguantando la respiración, el oído aguzado, los pálpitos del corazón sacudiéndole mansamente. No volvía a recordar que tendría que morir por este año. Segundos tan sólo y, luego, fue como si le rociaran el alma con agua fría: de pronto oía cerca los amortiguándose pasos de crepé que se arrastra sobre losetas rotas y picadas, el maestro viene hacia acá. Lo imaginó primero con el periódico bajo el brazo, el gesto endormitado, y lo imaginó después, enseguida, con Verraco levantado y amenazador, sigiloso, de



puntillas para darle a traición. Y Rufo tembló de miedo pronto y apenas faltó para no resistir más, alzar la cabeza de una vez y mirar si. Ya no le daría tiempo: una sombra se había hecho a su lado, de pie, y comenzaba a susurrarle cariñosa, desconocida, dulce en su ronquera, inclinada sobre él y que le ponía una mano seca y fría en el pescuezo. Frufrú, Rufo casi reanuda su llanto, enternecido; el moco, frufrú, se le va a derretir y resultará difícil de sostener.

Mientras se anudaba la corbata ante el espejo-tocador que le ofrecía la inolvidable imagen de una tristeza vieja y fea, como viscosa, con gafas por encima, en el rictus de sus tan fuertemente apretados labios, se dijo mascullante, inaudible, que mejor estaría muerto, y se apretó con afectada saña el nudo, trincando lívidos los dedos, así no dañarías a nadie, ahórcate, sin apretárselo ya, y estudiándose bien e inconscientemente los gestos que, sombreados a contraluz, le devolvía el viejo cristal, hasta que, de sopetón, vio, bajo la difusa lumbre espolveada de una bombilla pintada de rojo que pendía del techo, cómo más allá de su espalda había concluido de vestirse la muchachita, que, con el ademán acostumbrado, indolente, canturreaba algo, muy bajito pero él logró oírla, y alisándose maquinalmente la falda: no era tan bonita como pareciera al principio, vestida y entre las demás, claro que apenas si se veía un poco bien, tanta penumbra verdosa y tanto olor sofocante, y esa desquiciante ansiedad medrosa, demasiado flaca y de piel muy oscura, uno creería que enfermiza, además de con vello sin teñir en el dorso inferior a la altura del coxis, el bigotito sí teñido y sudoroso, destellante y como rojizo amarillado, son detalles que no se olvidan, y el aliento a tabaco negro,

carboncillo colgándole en las pestañas; y acordarás contigo que no hay nada más antipático y que repugne que una muy morena teñida de rubio oxigenado, incluso se le antoja a uno que tiene que oler raro, que apesta; haberte fijado bien en la elección: es que a veces, la mayoría de la veces, no se manda en los pensamientos, éstos surgen sin esperar y se irán sin avisar, y como sí pero no desentonan, por algo están ahí, además de que no puedes considerarlo igual antes y babeante que después y hastiado. A don Anselmo le costaba tener que dejar de mirar el espejo y dar la media vuelta para encararse con la muchachita. Quitóse las gafas: la penumbra se acentuó al infinito; sobó con el índice y pulgar de su mano derecha el nacimiento de la nariz, no se acordaba de toser, y por fin, colocándose las gafas al tiempo que giraba hacia la muchachita impacientada ya, aceptó que no iba a estar allí y así, plantado ante un tocador de burdel, toda la noche y la cabeza empezán dole a doler, mejor pensar en otra cosa: vale más venderle de una vez los pájaros pintos a Elías, el casal, me tiene loco con que se lo venda, pero que no piense que en menos de mil quinientas. Sabía que no lo vendería, el casal, por nada del mundo. Y no pudo sostenerle la mirada; tuvo que perderla en el suelo, muy raída era la alfombra, ante los impacientes destellos de los ojos de la muchachita, que lo miró de frente, sonriéndole aunque con los dientes apretados. Salieron del cuartito, recorrieron el pasillo, en silencio ellos y en indefinidos rumores franqueantes de resquicios, hasta la puerta de salida, donde la muchachita contestó el adiós sin sonreír y presurosa por trancarla de una dichosa vez y cuyo chasquido al cerrarse habría de ser por mucho tiempo, indeleble, el implacable recuerdo acusador de la “gran caída”.

Olía a pasta de dientes que no pudo quitar del todo el mal aliento la voz que le susurraba imprevistamente cariñosa: “Vamos, Rufo, vamos a ver qué es lo que te pasa, hijo”. Rufo no se lo esperaba así y tuvo que esforzarse en sostener el moco que se derretía y perdía adherencia; incluso pensó en hacer uso del pañuelo, pero lo desechó, pues lo tenía en el bolsillito de atrás y tenía que levantarse un poco para cogerlo, lo suficiente para que la mierda pudiese rodarle algo. “Te sientes mal, ¿no?; nada, hombre, que eso no es nada: seguro que un corte de digestión debido a los cachetes que te di (aquí recordó Rufo su inminente muerte y no impidió dejar escapar un sollozo que lo estremeció); vamos, tranquilízate, hijo. No llores, anda”. Rufo levantó la cabeza del pupitre y casi gira su mirada hacia los cristales culo-botellas de las gafas del maestro; sorbió el moco, apoyó las espaldas en el respaldo y cruzó los bracitos. Don Anselmo había retirado la mano de su pescuezo: “Ahora te vas a casita. Pero antes te lavas en el servicio; te trancas por dentro y te lavas en el lavabo. También los pantalones: no te importe ponértelos luego mojados. Después a casita ¿sí?. Y a tu madre que te dé una tacita de manzanilla con unas gotitas de limón, no lo olvides ¿eh?. Anda, levántate con cuidadito y sal. Ustedes —cambió el tono de voz: ésta creció, bramante; se dirigía a los demás—, ustedes a lo suyo: que no vea alguno que mira para lo que no le interesa. Venga: a seguir trabajando. —Acarició la ruda pelambreira de Rufo dulcemente: anda, hijo, con cuidado, sal—. Rufo se levantó miedosamente, los movimientos lentos, como estudiados, pendiente de su trasero; sorbió el moco, frufrió. Logró llegar a las letrinas sin que nada anormal surgiese. Esa mañana Rufo tuvo la impresión que tendría un con-

denado a muerte que recibiera el indulto a última hora. Había llenado de agua hasta el borde la taceta del lavabo para meter en ella los pantalones y lavarlos lo mejor que pudiese. Es cierto que no pensaba con agobio en su próxima tragedia, pero un peso impresionante aplastaba su espíritu, le nublaba el rostro. Se alongaba hacia la llave del grifo para cerrarla cuando, con la intención de darse un golpe de gracia, pensó en volverse a mirar en el agua: así estaría seguro del todo; además, aún era de mañana. ¡Qué hermosa le pareció su carota sonriente reflejada en la limpia superficie!. Lavó los pantalones mientras cantaba en voz queda aquello de “pierde cuidado, madre, que yo a la guerra me voy; y si muero en la campaña, por mi patria el alma doy”. Se puso los pantalones completamente empapados y salió corriendo hacia su casa, saltando de alegría. Aquella mañana no volvería a la escuela, ni hacía falta decirle a la madre eso del agua de manzanilla con unas gotitas de limón. Se cambió de pantalones, la madre no estaba en casa, había ido a lavar a la acequia, cogió un trozo de pan que había encima de la mesa y dos plátanos de dentro del roperito de la cocina y se fue a la ladera, donde abuela le dijo que cogería hierbajos tu abuelo para la cabra y los conejos. Antes de salir agarró la tiradera por si encontraba lagartos que cazar.

Se asemejaba a un sonámbulo cuando bajaba la escalera, no se agarraba a la barandilla, y con la sensación de quien es llevado a flote, el chasquido de la puerta al cerrarse reverberando en su cerebro, no dejándole pensar. Sin embargo, una vaga certidumbre rebullía socarrona, confiada y sin hacerse notar descaradamente, en su alma, sigilosamente y como apabullándose con la próxima e ineludible gravedad de la ceñuda recusación que le



haría su conciencia amedrentada, escrupulosa, inflexible, ante todo intento de disculpa, de por qué no sincero arrepentimiento. Cuando en los últimos tiempos recordaba don Anselmo aquellos críticos momentos vividos después del acontecimiento y durante bastantes días, concluye diciéndose entre dientes y luego de escupir: “para total: leche”, escupiendo de nuevo. Se es valiente lejos de los peligros; pero nunca osó plasmar de forma directa, descriptiva, crónica, en su Diario, las consecuentes vivencias acaecidas en la nefasta noche. Algo sobre ello escribiría, simulacro de poema, con bolígrafo rojo de punta gorda en las últimas hojas, sin fecha, tal vez semanas antes de su muerte...“...la cósmica pena, pena que te agusana, que te guía al muelle, el paso humillado, el paso arrepentido, ofendido: cuánto dolor, cuánto sufrimiento habrá desencadenado tu acción, con el paso arrastrado, avergonzado, y avergonzadas las manos en los bolsillos, tus manos, garfios que creyeron abrazar a un pobre barro seco y compacto que aguarda entre sonrisas vendidas al viento que lo esparza, ¿dónde pones tu esperanza, dónde?, si...”. Se sabe que luego se sentaría en un humedecido y herrumbriento noray negro a contemplar el agua meciendo blandamente aquella barca que tenía un silbido aburrido de hombre que no se veía y que trajinaba tal vez bajo aquella luz débil y anaranjada.

Alrededor de las doce menos cuarto salieron, no fuese a escapársele el autobús al maestro. Nada más ir asomando a la calle, la correcta hilera de los chiquillos se deshacía entre trinos, graznidos, cacaraqueos, aullidos, toda clase de chillidos guturales: era la moda actual para las salidas de la escuela, y Tomásín Gato no maulló, lanzó un agudo quiquiriquí prolongado, luego una sonrisa

complacida y una seña con movimiento de cabeza hacia atrás a Feluco, que silbó fuertemente; los dos partieron a correr con todas sus ganas hacia abajo y antes de que Juanito saliese. Si aún hubiese estado Rufo, Juanito sería el penúltimo de la fila; ahora saldría el último, lo suficientemente retrasado para que pudiesen perderse de vista si quisieran; y querían. Salió: el sol se imponía absoluto y blanquísimo en el cenit de un cielo bruñidamente azul, añil intenso; no se observaba el menor rastro de nubes, nadie pensaría que la pasada madrugada casi diluvio. Como ayer y anteayer y como el lunes, sin escarmantar y esperanzado, Juanito buscó con la mirada a Tomasín, a Feluco, entre la espantada ululante de sus condiscípulos, que parecían perseguirse y desaparecían unos tras otros por la esquina de allá abajo, poco antes de llegar al pilar público, un burdo grifo curvo de chorro débil, desesperante, con determinadas horas de funcionamiento, sobre una pileta cuadrada casi y con desagüe de rejillas pardas, mohosas. Sintió que es un calor que apura, apremiante, que te obliga a escudriñar los ojos arrugando la nariz, que secó los charcos y cuarteó la tierra embarrada, que ha hecho arrimar a los perros en la ínfima sombra lineal y azulina que dan las casas chatas, terreras, la lengua fuera, babeante, sedienta. No tuvo tiempo de verlos desaparecer y venció al deseo de echarse a correr él también: bah —despechado—, encajando la indócil carpeta de cartón rojo contra la cadera y agarrada por las dos manos; bien colocada, fue cuando miró a Nicolás, la burra errante del barrio, grande y vieja, dicen que ciega y sin embargo parece mirar, el pelaje blancuzco grisáceo, pegada al muro de la finca, enfrente: desafiando complacida e impasible a los rayos solares amarillean-

do su contorno superior, y como si aguardara algo, pacientemente, sin asomos de prisas, que todo ello llega y si no llega pues que no llegue, con su séquito de moscardones verdes arrullándole en torno a las mataduras del lomo y de las ancas. Dejó de mirarla e inició la vuelta a casa: bah, —masculló— sé estarme solo, no hacía falta me esperen los jodidos esos, la carpeta mojándose con el sudor de sus manos, deslizándose hacia atrás, agarraba bien otra vez, colocada, escapándose ahora hacia adelante, molesta calentando a uno: a ver cuándo maíta me compra una cartera con agarradera, de cuero marrón. La calle quedó vacía como embalsamada con el recuerdo de la fugaz gritería, humeante el asfalto, derritiéndose en alguna parte maloliento.

Y salió don Anselmo. También miró a la Nicolás: “quizás ahí tengamos lo poco de posible felicidad: en la completa ignorancia, en la completa” no buscó la palabra adecuada y desvió la mirada hacia su reloj, luego hacia arriba, adonde el apeadero: una mujer gruesa y vestida de negro, apoyada contra la pared, esperaba la guagua, una cesta de caña cubierta con un paño blanco colocada en el suelo. La burra pareció oír el pensamiento del maestro sobre ella y le levantó con displicencia la mirada, bajándola enseguida y despectivamente; a continuación, como si diese a entender que ya vio lo que tenía que ver, echó a caminar con aire de sumisa arrogancia, humildona, la cabeza ligeramente caída, el rabo quieto; a lo mejor era ciega Nicolás y conocía el barrio sin necesidad de ver por donde andaba. Llegó don Anselmo a la parada; dijo “buenas” y un carraspeo y oyó “buenas” con una voz grillosa; para nada abría el periódico, pues la mujer cogía la cesta del suelo: se acercaba la guagua bas-

tante silenciosa, seguramente venía en punto muerto y sin chirriarle siquiera los frenos. Ella delante y él detrás subieron, dándole lata cerrar y doblar el periódico, casi suelta un taco; “buenas”, al cobrador, que chupaba ruidosamente un caramelo: “buenas para estar en la playa sin dejar el agua ni para dormir la siesta”— bromista, soltando salivitas, chocando el caramelo con los dientes y tendiéndole el boletito sin mirarlo; la mujer de la cesta se había sentado, la guagua con sólo cinco pasajeros y él: “pasan de las doce y aún no salen”, pasaban frente a la escuela, “por favor, no le importaría y me dice hora correcta”. Las y cuarto exactamente; “gracias”. No, no tenía mal su reloj; veamos qué chismeaba la prensa, abriendo de nuevo el periódico dificultado por los vaivenes a que lo sometía la guagua, que desaparecía por la curva encima de la iglesia, hacia abajo. La Nicolás se detenía en la entrada a la acequia de la aceña, de donde flotaba difuminada una tonadilla susurrante, acompañada con el chasqueante restregar de una ropa burda contra las rugosidades del lavadero. En ese momento iniciaban la salida las otras secciones.

Juanito sudaba demasiado; de nada le valía ir pegado a las paredes: era insuficiente la sombra que proyectaba. Pasaba el pilar, donde se alineaban junto al murito los cacharros de lata, tallas de arcilla, garrafones forrados con tela de fardos unos y desnudos y destellantes otros, esperando ser llenados del agua despacio y luego transportados por esas muchachas y mujeres en la cabeza o contra la cadera, por esos viejos que parecían condenados a sol, silenciosos, masticando el cigarro algunos, endormitados, de pie o sentados sobre un sillar roto, sobre una piedra. No reparó en ello. Se sentía como escupido,

meado: no me hacen falta, puaj —escupió pastoso—, que me sé estármela solo, sin compañía. Pero algo pasaba, estaba ocurriendo desde hacía días, y no sabía ni lograba imaginar qué: bah. Para distraerse, púsose a caminar de piedra en piedra, jugando a no pisar tierra, procurando mantener el equilibrio, perdiéndolo a veces: ¡coño!, “si la piso de nuevo, no me caso con Lolina”, ensombreciéndosele, de pronto, el entrecejo: no me gusta la nueva ésa, se han hecho muy amigas, siempre juntas, la Maricruz ésa, no debería estar tanto con ella, no: sin dejar de pugnar por sujetar la huidiza carpeta, pesada. Saltó de un guijarro al escaño en la entrada a la tienda del Vinosa, dos mujeres comprando hablando a gritos, discutiendo, miró hacia dentro: la madre de Feluco, peleona, ¿y si le pregunto por?, bah: no, que se vayan a la, e iniciaba el salto del escaño a otro guijarro un poquito distante, cuando oyó el cascabeleo agudo, machacón, de una campanilla harto conocida en el barrio a su detrás. Perdió el equilibrio y cayó su pie izquierdo sobre la tierra de la calle; el derecho quedó innecesariamente suspendido a pocos centímetros del suelo: no vale, me asustaron; la carpeta casi se le cae, logró agarrarla por la punta a tiempo. Se volvió: “Padrediós”, las dos mujeres que compraban en la Vinosa se asomaban a la puerta, curiosas. Se arrodillaron, él también y encima de la carpeta tendida en la tierra; cruzó los brazos sobre el pecho, erguido el tronco. Padrediós era la Sagrada Forma que llevaba el joven párroco a algún impedido, un pañolete blanco arropándole la espalda y envolviendo el cáliz a la altura del esternón, la cabeza respetuosamente inclinada, el caminar premioso, solemne, y precedido por el bullanguero tintineo de la campanilla en la revoltosa mano de Tiñoso, el

monaguillo que no va a la escuela sino a clases nocturnas en una Academia abajo en la capital, su cara llena de pecas grandes y marrones, el pelo largo, rojo, brillante, la dentadura saliente y blanquísima, titilante, habla gansoso y se la echa de simpático, haciendo monerías mientras ayuda a Misa. A Juanito no le caía bien y ahora pasaba justo frente a él arrodillado; alargó la campanilla hacia su cara, casi rozándole la frente inclinada, los ojos clavados y distraídos en el polvo del suelo: el tintineo fugaz fue estruendoso, por poco lo deja sordo, enrabiándolo y cerrando la mirada, sorprendido así de pronto; cuando pudo mirarlo, enconado, el monaguillo le sacó la puntita mordida de la lengua en regañisa, burlón. Se levantó Juanito mostrándole amenazador al puñito cerrado; el monaguillo volvió a sacarle la lengua e hizo un gesto grosero. En ese momento el párroco se dio cuenta y carraspeó; el Tiñoso fingió seriedad y no volvió a mirar hacia atrás. Juanito sacudía con la palma de su mano el polvo adherido a la carpeta, parado, haciendo tiempo a que Padrediós se alejara para no tenerlo que adelantar o ir pegado a su detrás. Dobló hacia el callejón de Amalita: será para la abuela de Socorrito, dicen que se está muriendo —pensó Juanito acelerando el paso al ver que el párroco se perdía de vista en la bajada hacia un grupo anárquico de casas en la ladera, justo detrás de la panadería donde dice abuela tanto trabajó tu abuelito en paz descanse.

Don Anselmo tomaba el aperitivo, una copita de ron con una tapa de pescado frito, en el bar de la catedral, frente a la que le dejó la guagua. Buenas, dijo el entrar: demontres de calor, pon lo de siempre, Nono, si el pescado es de hoy; si no, un poquito de queso duro, picón, pa-

ra que luego digan si es un verano remolón, un poquito de agua, por favor, Nono.

“Si mis oídos no me engañaron, parece que oí a Padrediós”. Abuela tenía pensado felicitar a Juanito por su santo nada más llegase y darle unos duros para que fuese a la tienda de Virginito y comprara un aguacate para él solito pues era su santo, pobre criaturita, tan triste siempre. Una se pone vieja corriendo; el tintineo de la campana anunciando la ida del párroco a cualquier enfermo la enervaba, no podía dominarlo, y un sudor frío refrescaba su pescuezo: “tú lo viste ¿no?, parece que paró por la panadería si no me engaño”. Sí, bajó por el callejón de Amalita. “Entonces será para Elonita, la abuela de Socorro; la pobre, tan vieja, ojalá y una llegue a lo que llegó ella”. Juanito pensó que decíase que tenía más de cien años, nunca la había visto en persona, pero sí una vez en el periódico, toda vestida de negro, los ojos cerrados y el poco de cara que mostraba hecho una pura pasa de arrugado que estaba. Sintió curiosidad momentánea de verla de cerca, ¿cómo será una persona de cien años?, había dejado la carpeta sobre su cama. Un sofocante y oloroso crepiteo de algo que se freía en la sartén lo invadió nada más acercarse a la entrada de la cocina. Equilibrada sobre su única pierna, chorreando hilachas de pelo gris sobre la frente y mejillas, sudorosa, resoplando continuamente fresco con la boca hacia los ojos, abuela tendía su mano a coger la muleta apoyada contra el borde del poyo: “hoy te hago salsa de tomate para que la pongas al arroz”, le dijo al verlo asomar; y se acordó. Sonrió fea, sólo le quedaba un colmillo superior largo y amarillento, sucio, del que casi siempre dice me sacaré el lunes próximo si Dios quiere, me haré una dentadura pos-



tiza, ay cuánto echo de menos el pan bizcochado. “Ven, hijito, a que te dé un beso tu abuela”: el niño se extrañó, “felicidades, rey mío”, y lo besó largamente, húmedo, cálido, oliendo a frituras. Juanito tenía completamente olvidado que hoy era día de su santo; pensó en un aguacate grande, muy maduro, ralo, salado, con pan blanco, ¿quién sabe si? Abuela pareció leerle el pensamiento; mientras metía la mano en el bolsillo del delantal, de donde extraería un pañuelo anudado que desanudaría, dijo sin dejar de sonreír: “te daré cinco duros; cómprate el aguacate y con lo que te sobre haz lo que más te parezca, ¿sí?, en el pañuelo había algunas monedas, tomó unas y las alargó al niño, que pensaba ya en el domingo, podría comprarle a Lolina algo mejor que un pirulí, tal vez un dulce de los caros, de los que él rara vez ha comido, no, mejor un bombón de helado, o un, cuando sintió el contacto frío de las monedas en la palma de su mano: “gracias, abuelita; te quiero mucho, lo juro”, reculando de prisa hacia el pasillo que lo conduce a la puerta de la calle, “ahorita vengo”; dio la media vuelta y oía a sus espaldas que no tardase, esto va a estar ya y frío no sabe, es arroz blanco. Involuntariamente cerró de un portazo que a lo peor molestó a la abuela. Su efímera alegría se difuminaba al recordar a Tomasín, a Feluco: iré a buscarlos.

Don Anselmo miró el reloj inconscientemente, no se enteró de la hora que era: esta tarde no hay clases, “¿para qué tanta prisa?”. El bar estaba vacío de clientes, sólo él. “Nono, me sirves lo mismo y me lo alcanzas, por favor, a la mesa de la ventana; gracias, hijo”. Ya sentado, abrió el periódico, dispuesto a leerlo de cabo a rabo. Más allá del papel impreso escuchó una tosesita anunciadora;



apartó la prensa y: “hola, Silvestre: lustra, hijo, lustra”. El limpiabotas se arrodillaba ya, como todos los jueves del curso, e iniciaba su repertorio de fútbol. Don Anselmo, complaciente, abandonaba su lectura para escucharle y opinar. Nono sivió. “ponle lo que pida”, señalando con la barbilla adelantada al limpiabotas y mientras llevaba el vasito de ron a los labios; le gustaba el aroma del pescado recién frito y el tono con que hablaba el limpiabotas, pausado, si vacilaciones, seguro de sí, no importara los escupitajos a la sintaxis o al léxico: Silvestre tenía buena madera; ¡pobre viejo!.

El pantalón de Juanito tuvo bolsillos hace algún tiempo. Actualmente no los tenía; podían verse las marcas oscuras que dejaron al arrancarlos mamá en un arrebato de malhumor: “¡si sabías que estaban rotos por el fondo, por qué metiste el dinero en él!”, gritó y sin llegar a golpearle, era una época en que se encontraba un poco delicado del estómago, apenas si comía algo, y mamá logró contenerse a tiempo. No me acordaba— diría Juanito seguramente, asustado ante la pálida faz encolezada de su madre que le arrancó primero uno y luego el otro. “¡Fuera si no sirven!” los bolsillos; en algo tuvo que vaciar su rabia. Parecían sudar las monedas en la mano, quemaban. Llegó a la tienda de Virginito, el padre de Mendoza Cuatro, que estaba girando la manivela en el surtidor del aceite, dándole la espalda. Una muchacha hacía la compra, su cesta estaba repleta de víveres. Juanito puso los cinco duros sobre el mostrador forrado de cinc: Virginito, ahora mismo vengo, coja esto, que son cinco duros; —miró a la caja de los aguacates— me busca un aguacate madurito, para comer en el almuerzo, podrido no ¿eh? El tendero dejó de darle a la manivela y le

echó una mirada sobre el hombro, sin volverse; era un viejo que se conservaba lozano, sin arrugas, el rostro lleno y congestionado, risueño; dijo: “bueno, bueno”, la voz rajada, melosa, afamada por sus cántos cubanos en las fiestas del barrio. Ya Juanito estaría en la calle cuando cogió las monedas de encima del mostrador y las llevará con paso parsimonioso al cajón de las perras, donde las dejó caer: cuánto le agradaba oír el choque de monedas con monedas. Le había entrado a Juanito como una rara comezón que lo impulsaba a solventar el asunto que existiera entre él y Tomasín, y Feluco. Dedujo: si corrieron a todo escape, es que no iban a sus casas, no. Mientras así cavilaba, miraba la puerta cerrada de la casa de Tomasín, tenía los brazos en jarra y las piernas ligeramente abiertas. Pasó un hombre a su lado que le golpeó amistosamente la cabeza; “adiós”, dijo el niño sin mirarlo y saltó a correr hacia la parte trasera del barrio, la que da a la ladera de los tomateros. Seguramente fueron a la Media Luna, a lo de Rodolfo, creo que los dos quieren aprender a tocar la guitarra, Rodolfo les va a enseñar, dicen, iré, y si me corren pues nada, se acabó, lo juro por mi madre, claro que Rodolfo no va a dejar que me echen, claro que no, ¿y si yo aprendiera a tocar la guitarra con Rodolfo?. Corría a lo jinete sobre caballo al trote, una mano delante simulando agarrar las bridas y la otra golpeándose el trasero en acicate; daba brinquitos. Había sido una cantera que se derrumbó aplastando a más de una docena de parroquianos y hoy era una media cueva con la entrada alzada sobre lo derrumbado y con la forma de una luna que mengua; lo llamaban la Media Luna, en ella vivía un extraño muchacho que se hacía llamar Rodolfo, parecía culto, tenía una guitarra enorme, de ca-

ja paralelepípeda y hecha por sí mismo, con la que delectaba a cuantos tenían la suerte de escucharle en sus improvisaciones; jeje, buen competidor, bueno bueno —decía de él Virginito—, otro estilo, claro, otra música. Rodolfo, en época de transportes motorizados, quiso hacer de carretero; era estimado y el trabajo le sobraba. Se corrió por el barrio que el burro peleón y hembrero que tiraba de su carreta era hijo de la Nicolás; puede que sí, pues la burra errante los visitaba con frecuencia. Juanito dejó de trotar al llegar a la veredita que lo guiaría a la cueva; tomó resuello y echó a caminar lentamente, distraíase con los destellos del sol rompiendo contra los trozos de vidrios, botes de latas, piedras pulidas, cardos reseca-dos y brillantes, todo diseminado por la ladera que se alzaba a su izquierda y en cuya cima podía ver el filo de sillares amarillos del murito que bordea el estanque de los Ortega. El silencio era un calor acentuado con cantos de cigarras invisibles y un sudor que se metía en los ojos, escociente.

Don Anselmo decía sí con la cabeza; estaba de acuerdo con la perorata docta del limpiabotas, que había concluido su tarea y ahora, sentado en la misma mesa y sorbiendo de vez en vez un poquito de vino, tras del que picaba una aceituna morada, exponía la única manera posible de salvar al equipo del desastre liguero. Al maestro no le gustaba el fútbol hasta que vio patear una pelota de goma a su nietecito aquel día de playa; su yerno lo contemplaba con patente satisfacción: ahí tenemos una promesa, suegro. ¿Sí?. Vea con qué temple le pega, vea, vea. Sí. Ahora, ahora, eso es, con la zurda, bien, bien. Je, gracioso— dijo Anselmo, y pensó: habrá que enterarse uno de esto. Llegó a enterarse en poco tiempo; y fue tal

su afición hacia el fútbol que no se perdía un partido de liga ni amistoso. Uno que entró en el bar se dirigió a Silvestre: “¿me limpia los zapatos?”. “Enseguidita”, y se bebió de un trago largo lo que restaba de vino en el vaso.

El silencio fue oírse los palpitos de su corazón, retumbones, acelerados. Se acercaba a la entrada de la cueva; la vería nada más llegar a ese recodo y no lograba escuchar rasgueos de guitarra ni murmurios de conversación. Creo que no van a estar —se dijo—, se oiría algo ya, desde aquí. En efecto, el burro no retozaba en este solar ni el carro se apoyaba en la sombra de aquel risco; Rodolfo no ha llegado de algún encargo que tiene. Juanito se restregó los ojos; le picaban: bah, que se vayan a la mierda los dos. Y se dispuso a regresar a casa por donde mismo vino, sin prisas, ¿y si juego a no pisarme este pizco de sombra?, imposible, bah, que a mí no crean me van a joder esos dos sobejos...¿y por qué le evitan?, cosa de maricas sin ton ni son, y lo que jeringa es que se hace uno a estar con otro y luego si se va, nada, al carajo; eh, mira mira: dos cuervos aquí abajo, y uno parece jodido en el ala, poco asunto, los empujaría desde la cumbre hasta acá el ventarrón que sopló ayer tarde al final de la cacería, casi me tumba, y después nubes enormes y relámpagos, truenos lejanos, uno te cagas de miedo, y cómo pica el sol, para que mamá no me lleve a la playa ni me deje ir con tía, se puede ahogar el niño, no y no, déjalo aquí y no lo embullas más, ya irá conmigo, sí: contigo, la mentirosa, nunca cumple nada, como a ella le gusta estar blanquita que me fastidie yo, todo reblanquido por dentro, hasta vergüenza te entra cuando te cambias de ropa delante de los amigos, todos ellos morenitos y tú pareciendo un caracol, cualquier día me escapo y me piro solito a,

coño: parece que, sí, escucha, escucha. Se detuvo el niño, aguzó el oído cerrando los ojos, una gota de sudor deslizándose fría desde su sobaco. Se siente como un cuchicheo contenido que parece venir del estanque. El sol cayendo en amarillo sobre el polvo aquietado del camino era un fuego lento, derretido en la frente del chiquillo, en las axilas, en las costuras de las ingles; el sol hacía asomar a los lagartos que se tendían en las peñas a secar su piel, a endurecerla, a dormirse con sus ojos hipnotizados; el sol se fundió con el murmurio momentáneo condensándolo, sí: hay alguien en el estanque de los Ortega, seguro que ellos cazando lagartos. Y el chiquillo, a su pesar, tuvo una oreada de contento: los vería, a lo mejor le dejaban juntarse, cazar con ellos. Ascendía por la lomita hacia el rellano que contorneaba el muro del estanque. El ondulante caminito que conduce a la bajada al fondo del estanque, vacío siempre, estaba por la parte de allá, por la otra ladera, y por acá había que subir a gatas, cuidado no cortarse la palma de las manos con cascotes rotos de botellas, con afiladas latas, o pincharse con cardos o cualquier verguilla. El sol, mucho sol, jode, sí jode. Y ahora no se oía murmullo, tan sólo el insignificante ruido de algún guijarro que sus alpargatas, al afianzarse en la tierra floja y agrietada, hacía rodar cuesta abajo hasta detenerse. Por fin arribó a la cima del montículo: ya estaba en el rellano y sorprendido de lo agitado que respiraba, violento, sofocado. Era un estanque pequeño, de poca profundidad y siempre vacío, casi un pozo grande y de antepecho alto, de sillería a hueso: Juanito miraba el muro, buscando dónde apoyar la punta de sus pies y dónde agarrarse; se había descalzado y visto la suciedad polvorienta amasada con sudor de sus entrededos, empeine, to-

billos. Le resultaba alto, pero podría subirse fácilmente; y lo subió, ancho en la parte superior, donde se tendió de bruces, la cabeza hacia el interior del estanque, los pies colgándole por la parte de fuera. Cerraba los ojos, esco-ciéndole; los latidos de su corazón apagaba todo ruido posible que se hiciese abajo, dentro del estanque. Es de Feluco esa risita sofocada, seguro: y abrió los ojos, esa ri-sita que vuela desde la concavidad de la parte de allá, jus-to debajo de la escalera de peldaños de laja empotrados en la pared, sombreada, fresca.

Don Anselmo aprovechó que Silvestre entrara en faena algo alejado para echar un vistazo a la prensa. Lo primero que leyese sería, como siempre, la página de fút-bol, las lamentaciones de los críticos ante la campaña ne-gativa del equipo, las posibles soluciones a buscar. Y to-sió por vez primera desde que entrara en el bar. En un lapso de la lectura observó que Silvestre hablaba de bo-xeo con su cliente: “vaya, un sicólogo este Silvestre”, sonriendo, “sabe adaptarse, apoyarse en las debilida-des”, y tosió por segunda vez. Esa noche escribiría en su Diario, acordándose de Silvestre, que “mirándolo bien, vale la pena que nos rijan los menos pretenciosos y diplo-mados y que se queden los verdaderamente listos en la plebe para ayudarnos a conllevar esta miseria de vida”, lo leyó luego de escrito y lo tachó muy bien tachado, no sabría nunca por qué, ni qué diría bajo aquel borrón cuando tiempo después se encontró ojeando esa precisa página.

La escalera de bajada al fondo seco está por la otra parte de allá, ahora irá y bajará, pero antes voy a ver qué hacen y a lo mejor les hago una bromita y les tiro alguna piedra para asustarlos a los dos, jajay, pensaba instantes

antes de mirar y ver qué bajo la sombra cóncava y siempre húmeda, siluetas conocidas se movían haciendo. Se le cuajó la sonrisa que floreaba su boca. Había visto lo que jamás olvidaría, ¿quién iba a suponerlo?. Notó el cabriteo loco, indomable, de su corazóncito desesperado y que las rodillas le flanqueaban cuando logró de un salto descolgarse del muro y volver a contemplar la lomita por donde descendería sin cuidarse de mantener el equilibrio, descalzo, olvidado de las alparagatas arriba, al pie del muro, ni ver ese corte sangrante que se hizo en la planta del pie derecho con un vidrio verde, la garganta oprimida por un llanto que no rompe y que rompería leve y sordo, dos lagrimones tan sólo estelaban de suciedad mejillas abajo hasta llegar salados a los labios. No veía por dónde caminaba, parecía ebrio de un dolor fuerte que se fue pronto pero que dejó su huella anonadante y embriagadora, ciego a las aulagas, tabaibas, cardos, tuneras secas, que se derramaban a su alrededor, ciego a cuantas personas cruzaría en su ambuleo flotante, reguero de unas gotitas rojas que caían de su pie a embarrarse con el polvo del camino. Le volvió la realidad en el quemor de sus ojos inmóviles y en un sol colgándole, titilante y molesto, en las pestañas. Pestañeó. se encontraba ante la puerta canela de paneles amarillos, respetuosa puerta que guardaba el sagrario de su. Bah: venganza; y sus ojos empezaron a brillar distinto. Golpeó la puerta con el puño cerrado, sin importarle el dolor que sintió en los nudillos. Se abrió; de la oscuridad interior que lo encandilaba brotó una voz: “¿qué por aquí tú, Juanito?, ¿se le ofrece algo a tu abuelita?”. Juanito la vio: se secaba las manos en el delantal, tenía un pañuelo atado en la cabeza, era gorda y bigotuda. “No. Es de Lo-

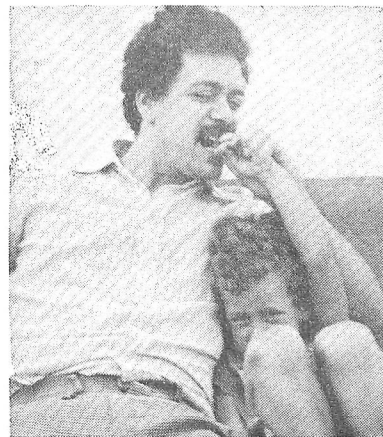
lina.” — su voz sonó distinta, ronca, dura. Y la mujer pareció asustarse un poquito. “Qué”. Juanito la miró a los ojos, podía verla bien ya, y sonrió con crueldad; dijo silabeando: su hija Lolina está con Maricruz, yo las vi, están en el estanque de los Ortega; hacen cosas feas con Tomasin, y con Feluco, yo los vi. Giró sobre sí y se alejó simulando un contoneo, atento a sus espaldas con el oído: al cabo de algunos segundos oyó una puerta que se cerraba lenta y chirriante. Sonrió dolido. Habrá que ir a por las alpargatas, se dijo al notar el fuego de las piedras caldeadas bajo sus pies descalzos. “Y por el aguacate”: el sol secaría sus lágrimas.

En este preciso momento don Anselmo escupe un trozo de espina dentro de la copa vacía.

*Las Palmas, 1969-70*





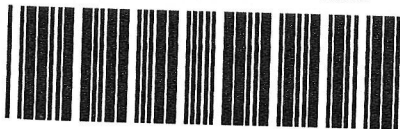


**VICTOR RAMIREZ:** nació en San Roque, un barrio de Las Palmas de Gran Canaria, el 30 de Junio de 1944. Actualmente, y desde hace muchos años, su trabajo es el de maestro de escuela, trabajo al que dedica casi todo su tiempo. Pocos, muy pocos, son los ratos que dedica a la actividad literaria, suficiente en cambio para habernos dado la oportunidad de gozar una muestra de lo más interesante no sólo de la narrativa canaria, sino de la de lengua castellana. Ahí está su libro *"Cuentos cobardes"* para confirmarlo. Además de éste, ha publicado *"Cada cual arrastra su sombra"*, *"La guitarra del Atlántico"* (compartido con R. Franquelo, al igual que una antología de Literatura Canaria). Tiene iniciados los siguientes títulos: *"Los alimoches"*, *"Flores de estercolero"*, *"Liviano tenemos el sueño los apátridas"*, *"La boda y el bobo"*...

"Además lo primero", relato rescatado por un amigo del autor para Planas de Poesía, fue escrito en la misma época de *"Cada cual arrastra su sombra"*, libro que iniciaba junto a otros de la generación de los 70 lo que se ha dado en llamar "boom" de la narrativa canaria, y que tenía sus precedentes significativos en Isaac de Vega y Rafael Arozarena, a más de Agustín Espinosa con su magistral *"Crimen"*.

Foto del autor y del dibujante de la portada: Angel Sánchez.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



\*633099\*  
BIG 860-1 RAM ade

